
Seix Barral

Ernesto Carriøn

La carnada

Seix Barral

Ernesto Carriøn

La carnada





Seix Barral Biblioteca Breve

Ernesto Carriøn

La carnada

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Imagen de portada: Robin Weaver / Alamy Foto de stock

Primera edición (Colombia): noviembre de 2020
ISBN 13: 978-958-42-9059-5
ISBN 10: 958-42-9058-4

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Este libro sí está dedicado

If all time is eternally present
All time is unredeemable.

T. S. ELIOT

1

En la habitación del hospital en Boston el médico movió las cortinas permitiendo que algo de luz recorriera la suave sábana naranja que lo tapaba hasta el cuello. Martín seguía adormitado por los medicamentos, por las pruebas a las que se había sometido durante las últimas semanas para llegar a este punto. Tenía veinticuatro años, había estudiado finanzas en esa ciudad, aún no tenía novia fija y trabajaba en el Bay Bank desde hacía seis meses. Iba camino al éxito. Al éxito que sus padres le habían diseñado. Miró sus pies congelados y pálidos escabullirse por debajo de la sábana naranja, apareciendo del otro lado, de pronto, como quien se libera de una máscara en el teatro. Movimiento inesperado hecho con la intención de atrapar la noticia: estaba enfermo. Muy enfermo. «Cáncer», dijo el doctor. Y no solamente eso: «Usted tiene diez meses de vida, aprovéchelos».

Comió una ensalada pequeña acompañada de una sopa insípida y un yogur. Durmió mirando por la ventana la nieve transformándose en pantallas líquidas sobre otras ventanas, lavando paredes y bordillos más allá de su habitación. No quiso telefonear a sus padres para contarles lo ocurrido. Esa noche durmió aferrado a la idea de la muerte. Esquivó el ruido del televisor que permaneció encendido proyectando cientos de imágenes de personajes que de pronto cobraban la textura de la realidad de la vida. Sintió que esa gente disfrazada de otra gente estaba más viva que él. Y que seguiría así para siempre. Cerró los ojos cuando oyó la tonada del himno de los Estados Unidos que anticipaba el comienzo de un partido de béisbol.

Cruzó la avenida Fenway. Pensó en su trabajo por unos segundos. Se detuvo frente a una tienda, entró y se compró un paquete de cigarrillos. El hindú lo miró con algo de desconfianza cuando cobró por los cigarrillos e intentaba entregarle el cambio, mientras Martín continuaba congelado mirando unos boletos amarillos de lotería. La suerte no existe –pensó Martín– todo es tragedia en dispersión que más tarde o más temprano te alcanza.

Su departamento quedaba en un segundo piso. No se cruzó con nadie cuando giró la llave de la entrada principal del edificio. Estaba helado por el clima y por lo que le sucedía. Subió la escalera sin darse cuenta de lo que hacía. Era un robot. Una carcasa que actuaba comandada

por algún piloto dentro de su cabeza, que ya no era él. Así se sentía: muerto y vivo por dentro. Vivo y muerto por fuera. Entró a su casa, cerró la puerta, encendió un cigarrillo. Y al rato se lanzó a llorar sobre la alfombra.

Esperó. Fue un día tan largo, atravesado por todo tipo de recuerdos y pensamientos oscuros y deprimentes, que apenas se percató del leve golpeteo de la lluvia. Del otro lado de la ventana: autos y gentes aparecían al azar rodeando con sus movimientos la gran vida americana. Finalmente entró a su habitación. Se quitó la ropa y se sentó frente a su computadora.

Un charco de semen, dividido, apareció sobre los costados de ambas piernas. Tomó algunos clínex de la cajita sobre el escritorio, se limpió y echó las servilletas al piso. No le importó. No había sentido en volver a limpiar su habitación. En protegerse de los gérmenes. Miró una vez más el perfil de usuario que empleaba desde hacía años para moverse por webs y chats sexuales. Un cuervo negro expectante, de ojos rojos, emergía en un círculo impregnado de oscuridad.

Al tercer día Martín empezó a viajar a través del tiempo.

2

Había escuchado claramente que las chicas no se masturbaban, no tenían deseos. Pero él había cosificado a todas, hasta a aquellas que no le gustaron nunca. Había pasado a la pubertad sintiéndose sucio y degenerado. Porque desde la escuela hasta el colegio él no había pensado en otra cosa que en el sexo. En el sexo de sus compañeras, algunas de ellas, amigas. En todas y cada una había observado un orificio, dos orificios, tres orificios contorneándose como una posible salida hacia la luz.

En la escuela, en algunas ocasiones, aprovechó el momento en que sus compañeras se apilaban en la puerta espiando la posible llegada del profesor para él mismo simular que aquello le interesaba y presionar su pelvis contra el trasero de alguna de ellas. Se apoyaba sin tocarlas con las manos. Jamás se preocupó por saber si alguna advirtió su bajeza. Había que hacerlo simplemente como si fuera un llamado urgente de la selva. Un grito interno como el pedido de auxilio de un intestino que necesita evacuarse.

Luego, en su primer colegio, nada. Era una institución militar donde todos los chicos parecían abrumados por la idea de ser ensartados por algún objeto fálico. Gritaban, se burlaban y les entusiasmaba esa posibilidad en los otros. O en ellos mismos. ¿Cómo saberlo? Incluso algún objeto tirado por el suelo, colgando de la mochila o dibujado en un cuaderno era una prueba contra ti. Todos vivían acusando a todos de maricones. Y aquello les quitaba tiempo para pensar en las chicas. Se organizaban violaciones grupales, con ropa, en los recreos. Eran curiosas simulaciones donde dos cadetes sostenían con fuerza a la víctima sobre una banca mientras el resto del curso, en organizada fila india, procedía a fingir la penetración anal. Todo concluía con eyaculaciones escandalosas que habían estudiado en las películas pornográficas de sus padres.

Luego, en su segundo colegio, algo. Chicas que hablaban mucho. Chicos que hablaban poco. Y viceversa. Adolescentes hipnotizados por el sexo. Todo el día, todos los días. Incluso, en el bus, Martín desarrolló una táctica astral de proyección: esperaba hasta que subiera la rubia de trenzas, flaca y tetona, y de allí tan solo con mirarla lograba que su glande comenzara a latir y cabecear con fuerza contra sus pantalones. La mochila de *nylon*, llena de libros, contrarrestaba ese empinamiento.

Se estimulaba sin tocarse y con los ojos abiertos.

3

Su padre opinó que en Guayaquil no había universidades de calidad. El mundo de las finanzas, los estudios de *business* y administración de empresas, estaban del otro lado del continente: en los Estados Unidos. Martín tampoco contaba con muchos deseos de quedarse. Le pesaban dos asuntos en la cabeza. Por un lado, no tenía intereses reales en nada. Se había pasado así un año entero. Sin saber qué estudiar después del colegio. No se veía a sí mismo como médico, arquitecto, piloto o cualquier otra de esas ensoñaciones laborales que proyectaban realidad futura en la cabeza de millones de chicos. Y por otro lado quería alejarse un tiempo de la ciudad. Sobre todo de Paula, la novia de su mejor amigo.

Paula, en 1999, tenía el cabello corto y un arete en la nariz. Un arete en la nariz, en 1999, era una osadía. Sobre todo en una ciudad tan mojigata como Guayaquil.

Pepe, el novio de Paula, era el típico muchacho que había terminado el colegio orillándose hacia las artes liberales. Tocaba la guitarra en bares; y había empezado a trabajar como actor de teatro en varias compañías pequeñas. A esa chica la había conocido realizando el preuniversitario. Ambos se habían matriculado en el ITV. Televisión y Cine es lo que prometía ese establecimiento académico. Paula quería escribir guiones, hacer cine. Y Pepe quería actuar. Irse de este modo contra su familia.

Martín apenas tenía permiso para sacar el auto de su padre hasta la una de la mañana. Se arregló con esa formalidad que había adquirido en su casa y también en el colegio: camisa blanca de cuello, pantalones oscuros, mocasines perfectamente lustrados, cabello engominado y tres capas de perfume que parecían escamar el aire dentro de su habitación. Metió la llave en el *switch* del auto mirándose por última vez en el retrovisor. Revisó sus dientes tan blancos y apretados. Y no volvió a mirarse en el retrovisor hasta que encendió las luces del auto y se internó por una colina donde fueron apareciendo un sinnúmero de casas altas con puestos de guardias.

Había una luna recortada que lucía como el perfil de una arpía que miraba hacia el chico. Al pie de la piscina, la luz interna liberaba ondulaciones extrañas, el reflejo de la mano de Martín se convirtió en un ave excitado. Paula y Pepe pasaban las cervezas a otras dos parejas. La música avanzaba despacio; sobre todo cuando era Pepe

quien agitaba las cuerdas de su guitarra e iba rompiendo el silencio de los espectadores con una balada antinatural de Silvio Rodríguez, que iba así: «Sueño con serpientes, con serpientes de mar, con cierto mar, ay, de serpientes sueño yo». Y Martín volvió a buscar el reflejo de su mano sobre la piscina y le pareció que una serpiente de agua se aproximaba para envolver a su ave que apenas tiraba de un cordel luminoso con el pico. Entonces Paula apoyó su cabeza sobre el hombro del chico.

No te vayas a deprimir, le dijo con ternura.

No pasa nada, respondió él.

Te voy a presentar a alguna de mis amigas para que no te sientas tan solo.

Sí, eso estaría bien, Paula. Gracias.

Una hora más tarde, ebrio, ya estaba cantando y riéndose al pie de esa piscina donde festejaban el cumpleaños número veinte de Pepe. Por unos segundos, cuando se internó en el baño para orinar, pensó que la estaba pasando muy bien aunque él era el único de los invitados que no tenía pareja. Se lavó la cara frente al espejo. Revisó sus dientes, su cabello engominado, la camisa que algo sudada había empezado a desbordarse en la zona de la cintura donde se le notaban las libras de más que tenía desde los quince años. Se abrió el pantalón y volvió a arreglarse la camisa, a hundirla bajo los calzoncillos para que se apretara de mejor modo contra su cuerpo.

Esa noche, cuando se despidió de su amigo, le dijo:

Tu novia es lo máximo. Me encanta.

Pepe abrazó a Martín y respondió:

Sabía que te iba a caer bien. Esa man es una bella persona. Y tú también lo eres, mi hermano.

Cuando chocaron las botellas de cerveza, para hacer el último brindis, perdieron el equilibrio. Y Pepe y Martín rodaron por el césped carcajeándose en la negrura externa.

Todo el día siguiente pasó imaginando a Paula dentro de su cama. La piel trigueña de ella, que debía de tener algún sabor específico que el chico no lograba encasillar. Se masturbó hora tras hora, apenas tomando recesos para beber algo de jugo y comer una tostada. Cuando anocheció lo suficiente, decidió llamar a su amigo para hablar sobre su cumpleaños. Sobre quiénes eran esas otras dos parejas, por ejemplo. Amigos nuevos de la universidad. Chicos idiotas que soñaban con trabajar en la televisión y que habían confundido la producción audiovisual con la bohemia. No eran socialistas. Pero se sabían de memoria esas canciones de Silvio Rodríguez, Santiago Feliú, Alberto Plaza y Pablo Milánes, que Martín no entendía y que tildaba de

«mongoles». Vivían en ciudadelas como Puerto Azul y Los Ceibos; tenían autos nuevos; iban a una universidad privada; y acaso alguno de ellos tuviera un padre liberal, pero pensar eso era mucho. Eran chicos aburridos, como Martín, pero que habían desarrollado en su gusto musical un propósito que los hacía diferentes al resto de los muchachos de la ciudad. Así se sentían. En esa música podían expresar cierta rebeldía, cierto descontento por formar parte de una clase social acomodada. Y Pepe, su mejor amigo, *el buena onda*, músico y actor novel, era un ejemplo de esto.

Se levantó entendiendo que mientras continuara frecuentando a Pepe y a Paula estaría condenado a tambalearse excitado. ¿Era demasiado lo que ella había hecho? Únicamente le había expresado su solidaridad. Apenas estuvo tres segundos dentro de su mundo apagado. Pero ¿acaso alguna otra chica se había preocupado por él antes? Cuando cruzó la puerta de su casa con sus gafas de sol imaginó un viaje a la playa donde pudiera mirar a Paula en bikini. La idea lo erizó. Entonces lo planeó en pocas horas. Todos se apuntaron a la excursión. Pepe, Paula y las otras dos parejas. Prestó el departamento de sus padres en Salinas por una semana entera. Y se dijo en voz baja: Pero tú no te estás muriendo de la tristeza. Pero que ellos se lo crean para que viajen contigo y te saquen una chica es conveniente.

También se dijo en voz baja: Haré una fiesta privada dentro de mi mente con lo que alcance a mirar.

4

Martín dormía desnudo desde los trece. El mínimo contacto con la tela de su ropa interior le provocaba erecciones dolorosas que lo obligaban a despertarse, moverse, encender la luz, buscar algún objeto ahuecado entre sus pertenencias: una media, un vaso de plástico, una escuadra, una guitarra de juguete sin cuerdas a la que violaba sin importarle la posibilidad de clavarse una astilla. Violaba objetos porque su mano se le hacía una cosa muy aburrida que además estaba pegada a él, era su propio cuerpo y su pene ya era su propio cuerpo. Martín quería experimentar su cuerpo fuera de él, inmerso en otro, aumentando en placer gracias a algo externo, metiéndolo en lo que sea, en cualquier cosa, sin importarle las diferencias que obviamente había entre los objetos y su órgano.

Ardía dentro de él un animal insaciable que le quitaba el sueño hundiéndose en sus pesadillas, exigiéndole por una masturbación decente. Y así encontró una papaya en la refrigeradora; un jabón al que perforó con una navaja hasta dejarle un orificio amable; y un preservativo de su padre, donde descubrió por primera vez el fétido olor al caucho y la lubricación.

Nunca pensaba en su madre cuando era asaltado por el deseo. Aunque una sola vez se quedó mirándole el culo y se sorprendió por hacerlo. Para espantar esta sensación, para huir de la mínima posibilidad de excitarse con el culo de su madre, pensó: esto es de mi padre. El culo católico de mi madre es de mi padre.

¿Y esto lo hacía malo?

¿Era Martín malo por dejarse manipular por ese animal insaciable que lo tenía todo el día encorvado como si estuviese orándole a su propio pene? Pensaba mucho sobre si era malo por lo que hacía. Sin embargo, cuando Jimmy en tercer curso contó que había llegado tan ebrio de la fiesta de Arturo que había agarrado mal parqueada a su perrita pequinés y la había violado antes de dormir, Martín dijo, bueno, eso, jamás, eso no. Al menos yo no soy un violaperritas-pequinesas hijo de puta. Al menos las cosas que yo penetro son solo eso: cosas.

Cosas que en este momento ya no existen. Quizás fueron fulminadas por el tiempo. Aunque se sabe que el plástico, por ejemplo, toma más de 150 años en deshacerse.

5

¿Un pezón? Un pezón humedecido y duro, brotando con ganas, existiendo, estando pero no del todo, probando ante los ojos de los invitados la redondez de este planeta. Un pezón duro pero mojado. Teniendo frío pero causando calor alrededor de ese magnífico punto cardinal de carne que parecía perdido entre un montón de lunares blancos del bikini. Un pezón que estaba allí: espiando a todos los que le espiaran. Una fibra de piel diminuta que salía a cantar como un pájaro cuando el viento más ligero lo rozaba. Un pezón sobresaliendo como tosiendo. Como rompiendo la lisura del presente.

La chica que le endilgaron a Martín se llamaba Diana. Y le incomodó de inmediato. Una flaca de lentes y cabello opaco. Ella no buscó agradarle, sino asentar su superioridad intelectual. Cosa que, de entrada, hizo muy bien. La chica sabía de filosofía y literatura; estudiaba letras en la universidad. Quería ser escritora. Durante el viaje a la playa cruzaron algunas frases. Lo que más le dolió a Martín fue lo que Diana le dijo, después de preguntarle si ya sabía lo que quería estudiar en la universidad. A lo que Martín había respondido rápidamente con un rotundo y redondo: No, quiero tomarme las cosas con calma.

¿Calma? Si no te apresuras, en un abrir y cerrar de ojos todos tus compañeros del colegio serán profesionales y tu seguirás acomodándote la camisa para que no se te salgan los gordos.

Hubo algunas risas y miradas dentro del auto. Nada que Martín no supiera cómo disimular.

Salinas, en 1999, era ya un balneario provisto de altos condominios de lujo que bordeaban el mar. El malecón, caminarlo, era una experiencia *rapsódica*, hipnótica por la cantidad de hombres y mujeres que lo hacían. Sin embargo cuando los chicos hicieron este viaje no había nadie en la playa. Era temporada baja.

Cuando el vehículo pitó al pie de los garajes del condominio La Condesa, Martín exhibió su posición de hijito de los dueños de un gran departamento. Los guardias lo saludaron pero él les habló de muy mal modo. Exigiéndoles inmediatamente que cargaran el equipaje de todo el grupo. Apenas parquearon, dos hombres pequeños y aindiados asumieron la misión al instante. El patrón había hablado. El hijo del patrón había ordenado. Y era así como las cosas se movían, con poca cortesía.

Las cuatro chicas tomaron una habitación. Los tres chicos tomaron la segunda habitación. Y Martín se reservó para sí la habitación de sus padres. Apenas entraron al departamento un miasma a sal y polvo se asentó en el ambiente. Martín siguió dando órdenes como capataz delante del grupo de turistas. Lo que puso a los empleados del condominio a desempolvar y mover muebles, colgar una hamaca en el balcón, y finalmente traerles cervezas por montones.

Eso me gusta, la eficacia, dijo mirando a Diana.

Pero la chica hizo una mueca y se movió hacia el balcón.

Pepe apareció por el pasillo con su guitarra en la mano. Era tan alto que a veces parecía que fuera a necesitar de inclinar la cabeza para avanzar por ciertos espacios. El cabello negro y ondulado lo llevaba siempre muy corto. Se dejaba las patillas desde cuarto curso. Y, ahora, una barba estilo candado que a su novia le encantaba porque pasaba tirando de ella.

En la hamaca se mecía Paula mientras Martín, de pie, junto a ella, le señalaba el Barco Hundido que tenía algunas décadas allí, varado frente a los condominios. Ese barco lucía como un buque de guerra salido de la niebla fontanosa de alguna vieja historia llena de fantasmas. Paula se incorporó sobresaltada. Y le dijo:

¿Y si de verdad esconde una historia de fantasmas?

6

Revisó las fechas de caducidad de los envoltorios de comida. Sopas y macarrones con queso. En medio de la oscuridad, la única luz que había en el departamento era la que producía el televisor. Y el sonido que emitía llegaba como pura interferencia, como la absorción de pus dentro de un oído enfermo. Comía y se detenía. Miraba sobre el mesón, sobre los platos apilados y sucios, buscaba desesperadamente algo que no estaba allí. Finalmente se detuvo. Tiró con violencia al piso el plato con macarrones. Metió la cabeza bajo el grifo de la cocina. El agua rodó por su cabello grasoso hasta llegarle al cuello. Se secó con un trapo a cuadros que colgaba de un gancho magnético a un costado de la refrigeradora. Entonces se sentó finalmente frente a su computadora a escribir un email.

Queridos Papá y Mamá:

> Hace días que vomito todo lo que como. Hace días que no sé cómo contarles lo que me pasa. Quiero volver a casa. Envíenme un boleto de avión urgentemente. No quiero morirme en este sitio donde apenas conozco algunas personas. Que sea un boleto en primera clase. Y por el trabajo en el banco ni me pregunten. Estoy muy enfermo. Y hay cosas más importantes que debo resolver. Su hijo que los ama,

MARTÍN

Habló con el turco y el colombiano con quienes había compartido un departamento en el área de Cambridge, antes de poder cambiarse solo. Les dejó todas sus cosas. Dejó sus cosas como si fuera a volver algún día por ellas. Jamás les contó que estaba enfermo. Mintió. Fue más fácil así. Apenas les dijo que debía ir a Guayaquil porque se casaba un pariente. Dejó ropa, zapatos, libros de estudios, videojuegos y discos compactos. Cientos de ellos. Bienes que algún día alguien más empleará para matar el tiempo. Se fue de Boston huyendo como si la muerte fuese a quedarse de ese lado del mundo.

Cuando aterrizó el avión en el aeropuerto de Guayaquil hundió con fuerza los dedos sobre los brazos de cuero del asiento. Buscó con su mirada huérfana la compasión en los ojos de otros pasajeros. La sacudida que hizo el armatoste volcó una oscuridad violenta por unos cuantos segundos en el interior de la nave. Cerró los ojos. De nada

servía ante la oscuridad tenerlos abiertos.

Y por un segundo pensó: No debería haber venido. No estoy listo para morir en ninguna parte.

7

La evolución natural era pasar de las cosas a su mano. Entender que, aunque su mano era la que estaba proporcionándole placer, su mano era un lugar más seguro donde hacerlo. Y con qué hacerlo.

Y cuando probó su mano se lamentó para siempre de haberlo hecho.

Se masturbó quince veces un día en el baño de la casa de su abuela. Lo que más le gustó es que nadie se dio cuenta. Dentro del baño había encontrado unas revistas antiguas, nada más que catálogos de tiendas americanas donde aparecían mujeres en ropa interior. Mientras su abuela cocinó y sus padres y sus tíos comieron y charlaron de un montón de tonterías, él iba y venía del baño estirándose la tripa hasta llegar al punto de ponérsela verde.

Alguna vez alguien dijo en el colegio: Si te pajeas demasiado te puede explotar el cerebro. Si te pajeas demasiado Jesús llora. Si te pajeas demasiado te sale pelo en la mano. Si te pajeas demasiado te atrofias el huevo.

Sin embargo Martín comprobó que todo eso era mentira: su huevo seguía allí a pesar de las maldades que él le hacía. De que se lo levantaba incluso contra su propia voluntad acompañado por las más estúpidas excusas: una amiga de su madre de visita en casa; una vecina que había visto por la ventana; una película nueva donde alguna actriz mostraba por primera vez un pezón. Todo era razón suficiente para perderse en la profundidad de su mente y empezar a atacar ese pedazo de carne que iba adherido a su cuerpo de modo raro.

Pero un pedacito de carne que ponía en movimiento a un ser humano de 120 libras. Dueño de un sistema sanguíneo y nervioso. Huesos y músculos. Cerebro, pelo e intuición. Una maquinaria completa. Y toda puesta al servicio de esa tripita.

No solo ojeó revistas y películas pornográficas. Su obsesión le empujó a pasarse noches enteras frente al televisor y su reproductor VHS grabando todo tipo de momentos eróticos, sobre la cinta de la película *El lobo quinceañero*, para luego masturbarse con su creación. Sin saberlo, Martín terminó haciendo un collage *mexicoamericano* con escenas de películas graciosas llamadas «pícaras», o «cine pícaro» (*Los Albañiles*, *Los Verduleros*, *Macho en una cárcel de mujeres*, entre muchas otras, donde la clase baja parecía ser el estrato que más gozaba del sexo, y donde las mujeres se daban de golpes por un hombre) y

escenas de películas norteamericanas que empezaban a colar violencia en el sexo. Como la cinta *Acusados,* donde Jodie Foster es violada por tres hombres sobre un juego electrónico.

No lo había asociado antes: J. Foster, la violación y los juegos electrónicos.

No lo había asociado antes: *El lobo quinceañero* con las hormonas alborotadas desapareciendo para siempre en un bosquejo espectral de machos mexicanos llenos de confianza y tequila. Aullando por momentos, entre corte y copia.

Sus primeras veces –está bien nombrarlas así: [*primeras veces*] porque para Martín ninguna fue enteramente nada– pasaron con prostitutas. Sus recuerdos varían respecto al tema: mal, bien mal, más o menos mal, algo mejor, pésimo. Era difícil concentrarse con una mujer que tenía horas haciéndolo, y una fila de clientes al pie de su puerta. «Quince minutos, más de eso ya cuesta como otro palo, niño. Que aquí no te has venido a enamorar». Algunas veces salió derrotado de la habitación con la sensación de que posiblemente hubiera sido más entretenido hacerlo con su mano llena de pelos. O con algún aparejo.

Sin embargo, si algo le seducía de sus viajes a los prostíbulos era el ambiente: la oscuridad, la inmundicia y decadencia de esos seres que se movían por pasillos y habitaciones, tocándose, amargándose, puteándose y amándose, impregnados de perfume y sudor. Manchados de labial, semen y cerveza. Engendros que veía Martín temblando por allí como salidos de algún mundo paralelo que los había humillado. Y era por eso que buscaban refugio. Y miraban con los ojos aguosos. Eran fantasmas cazando cuerpos frescos en un cementerio que los ponía a la venta.

Cuerpos a la venta. Miles de ellos. Sin historia, imaginó Martín.

8

Una silueta escuálida, fantasmagórica, que se daba la vuelta tosiendo es lo que veían los padres de Martín avanzando hacia ellos por la puerta de Arribos Internacionales. Allí estaba su hijo con los cabellos castaños revueltos, la nariz pálida y casi invisible, con la camisa por fuera del pantalón, arrastrando un maletín de mano por la línea amarilla que los separaba. Consiguió alzar el maletín por unos cuantos segundos. El policía entendió que ese chico temblaba, y no porque ocultaba alguna cosa.

En un mundo perfecto el chico se acostaría sobre el regazo de su madre mientras su padre le inyecta una ampolla de «Rogue 5502», un eficaz medicamento que elimina cualquier tipo de cáncer en los seres humanos. En los rostros callados de los tres, así como en la superficie abierta de las flores por la mañana, todo se vería luminoso.

La lluvia había empezado a reducir la ciudad a pentagramas manchados que Martín miraba en silencio detrás de los vidrios del auto. Su padre aún no había hablado sobre el futuro. Algo que empareja a todos los padres. Su madre lloraba por la noticia e imaginaba la cadena de rosarios que rezaría desde el día siguiente en familia, en la iglesia, junto al resto de fieles y vecinos. Dios no podía estarle haciendo esto. Ella le había, prácticamente, entregado su vida al Gran Padre. Oraba todos los días; no pecaba; hacía colectas; e iba y venía de la iglesia del barrio ayudando al sacerdote en lo que fuera. Se prestaba para cualquier necesidad del párroco. Un mes incluso lavó su ropa interior en casa. Y cuando lo hizo, a mano, por supuesto, no supo dónde tirar el agua de la lavacara, porque esa agua –para ella– estaba bendita por los calzoncillos de ese emisario divino. Se decidió después de horas por las plantas. Las plantas como otros seres vivos podían recibir ese gesto. Por eso Dios no podía estarle haciendo eso: ¿llevársele a su único hijo?

Tú no te vas a morir, rompió así el silencio finalmente la mujer dentro del auto.

Yo tengo un saldo a favor con Dios. Y se lo pienso recordar.

Pero tus plantas se murieron, Marta, ¿o no? Dijo el padre del chico. Jamás debiste tirar esa agua con jabón en las macetas.

Pero no todas, respondió ella con frialdad y esperanza.

9

Aunque sus padres habían sido precavidos, se habían cuidado de que su vida sexual fuera invisible para su hijo, hubo un registro en casa que Martín fue hallando. Los preservativos en el cajón de la cómoda del padre. Un calzón de su madre con un agujero en la zona del centro que se mezcló con su ropa limpia. Unos tubitos oscuros en la refrigeradora que en su etiqueta apuntaban la palabra «Vigor». Y unos extraños casetes de audio que Martín no llegó a comprender hasta que tuvo casi dieciocho.

Y cuando Martín cumplió los dieciocho apareció el internet. Y lo de los casetes ya le importó poco. Tiró las revistas. Y olvidó al gringo lobo quinceañero devorado por hombres y mujeres mexicanos. Y el bar donde Jodie Foster jodió para siempre su idea de los juegos electrónicos.

Olvidó incluso a las prostitutas sin historia con sólo quince minutos para atenderlo.

El internet le mostró primero unas tetas. Unas vaginas. Unos culos. Luego: más fotos de esas tetas, esas vaginas y esos culos que lentamente empezaron a convertirse en secuencias más o menos relacionadas. Pero al principio todo fue primeros planos de tetas, vaginas y culos. Y mucho tiempo después, cuando Martín seguía atorado a la silla de su escritorio, el internet le ofreció rostros, cabelleras, dientes y cuerpos completos.

Su computadora se transformó en una especie de prostíbulo personal que existía para alimentar únicamente su cabeza. Coleccionaba partes de cuerpos femeninos. Tetas, culos y vaginas. Cuando volvía de clases lo hacía con ganas porque sabía que allí, dentro de esa pantalla, estaban los pedazos de carne que él necesitaba para saciar un hambre que en nada disminuía, sino todo lo contrario.

De adolescentes pasó a maduras. De maduras pasó a ancianas. Y de ancianas volvió a mirar adolescentes. No entendía por qué su mente le exigía esos cambios bruscos. Terminó masturbándose mirando a mujeres lanzándose chorros de mierda hacia la propia boca.

Mierda –pensó Martín– esto es pura mierda pero me atrae.

Martín abandonó la adolescencia como cualquier muchacho del siglo xxi: enchufado a internet y asociando la sexualidad con porciones de cuerpos, vaciados casi por completo de identidad.

10

Ocupar su cuarto, el sitio donde pasó su niñez y la adolescencia hasta los veinte años, le generó la sensación de haber llegado a la cueva original de la que había salido hace mucho a conquistar el mundo. Sintió casi inmediatamente que había regresado a morir. Todo adquirió sentido de pronto. El retorno tenía sentido. Había regresado para morir en el lugar donde había nacido.

Como un hombre, aunque no lo era.

¿Y cómo se muere igual que un hombre? Los hombres no tienen miedo, recordó. ¿Y cómo muere alguien sin sentir miedo? Tal vez hallando la paz. ¿La paz? ¿Y cuál?

Quizá el fuego, el origen, el nacimiento, el bien y el mal, el día y la noche, la guerra y la paz, los crepúsculos y los amaneceres, el rollo de los buenos y los malos. Quiero irme –pensó así– observando a mis padres y a mis amigos con la mirada limpia. No quiero irme mintiendo como una tosca fruta hundida en la tierra. Quiero irme amándome a mí mismo. De nada sirve morirse como un hijueputa. De nada sirve largarse de esta tierra de mentira con más mentira en las manos. De nada sirve morirse lleno de culpa. De nada sirve irse sin contarlo todo.

Tengo que pedir perdón por lo que hice en 1999.

11

«Las nubes de mi ventana son una flor que le ha nacido a un tren. Y un reloj se transforma en cangrejo…» ¿Y eso qué chucha quiere decir? Interrumpía así Martín la canción de Silvio Rodríguez que Pepe entonaba con fervor único. El rostro se le ponía colorado, engordándole por segundos las venas del cuello. ¿Ese Silvio no será drogadicto? Eres un idiota, finalmente habló así la chica que se suponía debía ser su compañera de viaje. Tienes la sensibilidad de un queso.

No se embriagaron con cerveza. La pareja uno, formada por Cristian y María Esther, había traído vodka, Kahlúa y leche condensada. Prepararon con algo de torpeza unos dulcísimos rusos blancos que fueron sirviendo en vasos hasta el tope de hielo. Ella era una gordita anticuada, de cabello rizado y claro, con ojos muy verdes y unas enormes tetas que escondía todo el tiempo detrás de suéteres y blusas de cuello alto. Él era un flaco narizón, de ojos pequeños, que tenía el tic horrible de repetir dos o tres veces la última sílaba de la palabra donde se detenía en cada oración. Era como un martilleo tenaz, un tartamudeo, que Martín asociaba con algún tipo de dislexia o retardo. La segunda pareja, formada por Begoña y José María, era aún más liberal que la primera. Begoña, de padres vascos, usaba unos lentes enormes, tenía un caracol tatuado en el tobillo, y era tan amable hasta el punto de reírse de casi todo. José María, su novio, se había dejado el cabello castaño muy largo y descuidado, lo que por momentos le brindaba el aspecto de un hippie extraviado, escondido bajo sus ropas de marca. Ambos calzaban sandalias, incluso en la ciudad. Algo que Martín detestó hasta el punto de asquearse.

Estos chicos, ¿de dónde habían salido? Vivían en casas como la suya, sabía que esto era así, con padres como los suyos. Pero ¿por qué habían abandonado los modales y costumbres de su clase? ¿Acaso eran mejores que él porque lucían así: desprovistos de la búsqueda de lo material? Entonces ¿era de pronto él un tonto superficial? ¿Un queso insensible? Y así entendió que su vínculo con Pepe estaba desapareciendo. Y que ahora tenía él que acoplarse a esa camarilla de niños ricos resentidos. Fingir que disfrutaba de sus charlas bohemias, donde aparecía fácilmente alguna exploración futura, zonas de la sierra y del oriente ecuatoriano que pretendían recorrer para sentirse como los verdaderos herederos de un país de indios menospreciados.

Se agruparon alrededor de una fogata sobre la arena. Lo único que

se movía a la distancia era la lenta y nevada ola que empezaba y terminaba incesantemente. Algo sacudía ese mar dentro de él. Martín puso sus pies cerca de los pies de Paula, a quien no le importó. Los cubrió de arena por unos segundos, bromeando. Y ella hizo lo mismo sin dejar de observar a Pepe mientras cantaba. El chico sintió que allí mismo acabaría todo. Pepe se daría cuenta de que a él le gustaba su nueva novia. Se pelearían por ella al pie de la fogata y con el Barco Hundido de fondo. Sin embargo nada pasó. Pepe rasgaba las cuerdas, cantaba como si fuera quemándose por dentro. Amaba y se dejaba amar por todos. Apenas tenía tiempo para algo tan banal como los celos.

12

La primera vez que Martín miró la aguja helada puso los ojos en blanco. Sintió el metal penetrándolo; y el líquido que iba moviéndose en su cuerpo lo llevó a pensar en ciudades ardiendo en parajes remotos. Llevaba en el bolsillo de su pantalón una foto doblada. Una foto que no quería que nadie más mirase. Una foto arrugada –de hacía cinco años– como si de un amuleto de la suerte se tratara.

Una foto sin personas, aparentemente sin vidas que narrar.

La quimioterapia no era lo que le habían prometido. Era lo único que podía hacerse. Cuando no existen las opciones, algo que mata la enfermedad aunque pueda matarte a ti es la única cura. Tiene que ser rápido. Me refiero a la muerte de la muerte. Ojalá existiera algo parecido a la muerte de la muerte.

La foto en cuestión, que llevaba doblada Martín en su bolsillo, era la imagen de un barco de metal inclinado al pie de una playa amarilla. Un barco enorme, oxidado, al que le habían crecido lama y hongos como polvo de azúcar por algunos costados. Chatarra húmeda de una época impensable.

Martín durmió toda la tarde. Por la noche vomitó ayudado por su padre. La cabeza colgada frente al inodoro; las piernas, ahora flacas, dobladas y temblorosas; el frio y el sudor convirtiéndose en una misma masa específica. En medio de la oscuridad su madre rezaba: alzaba un dedo y volvía a colocarlo sobre su frente, boca y pecho haciendo tres cruces exactas que trazaba con profesionalismo, apretando los ojos, murmurando en voz baja, respirando agitada pero dejándose llevar por un viento nocturno que apenas ingresaba por las ventanas de la habitación.

Aléjate de esta casa, Muerte. Muérete, Muerte. El vómito lo despertaba. Tosía. Sudaba y se quejaba. Aléjate, Muerte, este no es tu sitio. Aquí vivimos gente decente, gente buena. Muérete, Muerte. Aléjate de mi casa. Pero siguió haciéndolo.

Papá, ¿qué sabes de Pepe Ramírez?

El chico deliraba.

¿Tu compañero del colegio?

Sí, papá, mi amigo Pepe, mi mejor amigo.

No lo veo hace años, desde que te fuiste a Boston. Pero sus padres siguen yendo a la iglesia. A ellos los vemos siempre.

¿Puedes hacerme un favor, papá?

Claro.
¿Puedes averiguar dónde está viviendo Pepe? Necesito decirle algo.

13

Había recolectado imágenes. Decenas de ellas. Era un recolector. Él mismo se sentía por momentos como un aparato raro que almacenaba instantes, videos, fotos en segundos de aquello que lo cautivaba. Una máquina de cine interno era Martín. Director, editor y proyeccionista. Todo al mismo tiempo. Había grabado los triángulos de los bikinis de las tres chicas. Los traseros al aire. Las piernas elevadas y bronceadas como vías rápidas.

La primera noche en la playa, algo borracho, se masturbó en la habitación de sus padres por tres ocasiones. En una, mezcló a todas las chicas. Y en todas ganó Paula. Por un momento pensó en noruegos y alemanes. En holandeses. En gente que se desnudaba delante de otra, allí en sus casas, en la playa, en los baños saunas, sin ningún pudor. En gente que se quitaba la ropa conversando con otra gente desde la infancia; y en que no por esto cultivaba el morbo. Algo lo fracturó por segundos. ¿Cómo era esto posible? Soy latino, concluyó. Ardo como un macho en la cárcel de mujeres.

Al amanecer se asomó por el balcón y le pareció que el Barco Hundido se había movido ligeramente. Parecía irse acercando más a la costa.

El chico estaba echado sobre la arena fingiendo que le importaba lo que las otras parejas conversaban. Había ordenado a los empleados a montar dos parasoles, sacar sillas de playa y llevar hasta allá una hielera atiborrada de cervezas. Martín no quería fumar, pero entendió que debía hacerlo para aparentar estar dentro de las mismas coordenadas que el resto de esa pandilla. El humo lo expulsaba inmediatamente. El sol era tan fuerte que apenas permitía mirar la línea de agua en el horizonte.

¿Es que no te cabrea la tala indiscriminada de árboles?, dijo María Esther.

Este planeta se está yendo a la verga-ga-ga. Y nadie quiere hacer nada-na-na-da-da, secundó Cristian.

Pepe continuó untando bloqueador solar sobre el cuerpo de Paula. Y dijo:

Por eso el socialismo es la política de los buenos.

¿Entonces en este país somos todos malos?, interrumpió Martín a su amigo.

No malos, inconscientes, nada más, contestó Paula.

¿*Clown*?

Sí, *clown*.

¿Y eso qué es? ¿Hacer de payaso?

Nos ponemos narices rojas y vamos a hospitales como Solca, por ejemplo, donde hay muchos niños enfermos de cáncer.

Y los hacemos reír por unas horas. Pepe incluso lleva títeres hechos por él a mano. Imagínate.

¿Cómo en la película de Patch Adams? Exactamente.

Pero ¿les pagan por eso?

No.

Pero podrían intentarlo.

No se trata de eso, Martín. Es lo que hay que hacer.

Una hora después estaban bailando y tirándose dentro de la piscina del condominio. Con los talones hundidos en el agua, Martín volvía a intentar acercarse a esa chica tan complicada que le había tocado de acompañante. Diana era escuálida y llevaba las uñas pintadas de negro. Nunca antes había visto eso: veinte uñas pintadas de negro. Escondió la barriga lo mejor que pudo y le preguntó sobre sus historias, sobre aquello que tal vez estaba ya escribiendo. No dejaba de vigilar la espalda de Paula, podía estar en dos sitios al mismo tiempo, tenía práctica en esto.

Mi historia va sobre alguien que tiene un secreto, un secreto horrible.

Martín levantó la vista. Sumergió por completo sus pies dentro de la piscina.

¿Un secreto? ¿Tú tienes uno? A mí me encantan los secretos.

Begoña y José María se apresuraron a sentarse sobre el cuadrón, lo encendieron y desaparecieron dando brincos por la arena. Lo último que alcanzó a mirar Martín, mientras la pareja viajaba abrazada sobre su vehículo playero, fue el pareo floreado de Begoña que se soltó de su cintura, pero que ella alcanzó a retener justo antes de que saliera volando. Vio apenas unas flores borrosas azules y una mano muy fina apretando esa tela.

Estos dos se fueron a tirar, dijo Martín.

Bebe otra cerveza, dijo Pepe.

Está bien. ¿No crees que demoren mucho?

No.

¿Y eso a ti qué te importa?, preguntó Diana sin dejar de mirar el libro de Ann Rice que estaba leyendo: *La reina de los condenados*.

No es que me importa si tiran. Son novios, ¿no?

¿No será qué te gusta fantasear con tus amigos tirándose a sus

novias?

No, Diana. ¿Cómo se te ocurre? Soy muy respetuoso con la vida privada de las personas. Solo me preocupa que se queden en algún lado botados sin gasolina y no puedan volver con el cuadrón hasta el condominio.

Con el pasar de las horas Martín descubrió que, a pesar de que había creído tener la copulación del grupo controlada, a raya dentro del perímetro de su departamento, separando a los chicos y a las chicas en distintas habitaciones, se había equivocado. Las parejas encontraban momentos, espacios y sitios insospechados para tirar. De que se comían se comían. Y él estaba por fuera de todo ese canibalismo.

No escucho nada. ¿Y tú?

Yo tampoco.

Apenas ha amanecido.

Bueno, andaré recogiendo conchas y piedritas de colores por la playa.

¿Y eso qué quiere decir?

Que voy a estar lejos. No me busques.

14

La fogata dispersaba chispas que corrían cerca de los cabellos sueltos de Begoña y Paula, las que, algo mareadas, se movían al ritmo de una canción de Bob Marley que Pepe tocaba.

«Old Pirates, yes, they rob I. Sold I to the merchant ships»

Qué linda-da-da la letra de esa canción-ón-ón, primo-mo-mo, dijo Cristian, quien tenía el hábito raro de llamar así a todos sus amigos: «primo».

Qué pena la historia de los negros, sentenció José María.

Los roban de sus casas, los meten en barcos y los trasladan a otro continente para hacerlos esclavos. Esclavos y forasteros.

¡Pobre gente, desterrada y esclavizada! Y hasta ahora siguen así: explotados. Ese continente es el más pobre del mundo.

Martín seguía la conversación con aburrimiento. Había optado desde ese día, el cuarto del viaje, por retomar su papel de deprimido para ver si así conseguía algo de Diana. O, por lo menos, para seguir recibiendo esos mínimos consuelos que Paula le entregaba, expresados básicamente en tristes caídas de ojos y rápidas caricias sobre su cabello. Lo miraba como a un cachorro huérfano. Él lo entendía y se dejaba. Sabía que aquel modo de ternura era lo único que obtendría de la chica.

¿Por qué no contamos historias?

¿Historias de fantasmas?

Uy, yo me sé un montón.

Después no puedo-do-do dormir-mir-mir, primo.

Tengo una mejor idea. Qué tal si yo les cuento una historia, pero una historia verdadera, sobre algo que pasó de verdad, pero que no se la van a creer.

Ja, ja, ja. Diana, a ti te encanta aterrar a la gente, amiga. No, en serio, oigan mi propuesta: yo les cuento esta historia, que como les digo les parecerá absurda e irreal, pero que es cierta. Y luego cada uno le inventa una razón o un final.

¡Ay, qué buena idea!

¡Hagámoslo!

Yo no soy muy bueno creando cosas.

No importa. Cada uno puede plantear teorías absurdas alrededor. Lo que importa es divertirse. ¿Me entienden? Con que hagan un esfuerzo es suficiente.

Dale.
Cuéntanos.

15

En 1518 una mujer conocida como Frau Troffea llegó hasta una calle concurrida en Estrasburgo, Francia, y empezó a bailar con entusiasmo. La gente caminaba cerca de ella sin entender lo que hacía. La mujer continuó bailando. Pasó así un día entero, y dos y hasta cuatro días. Sin detenerse. Antes de acabar esa semana treinta y cuatro personas ya se habían sumado a su actividad. Un grupo de personas bailando como en trance, sin música, por supuesto. Al llegar al mes, Frau Troffea contaba con 400 personas del pueblo bailando junto a ella. Imaginen a esos 400 bailarines delirando, agitando brazos, caderas y piernas alrededor de calles y calles. Sin hablar. Sólo bailando sin parar. Sin tomar agua, sin comer y sin dormir. Únicamente bailando hasta la muerte.

¿Eso te lo acabas de inventar?

Les dije que parecía irreal, pero no, no me lo acabo de inventar.

¿Segura?

Sí, segura.

Continúo.

Como las autoridades no sabían cómo lidiar con este fenómeno, consultaron con médicos que inmediatamente descartaron causas sobrenaturales. Parecía algún tipo de demencia que tampoco podían relacionar con hechos astrológicos. Los días pasaron y las autoridades concluyeron que esta rara enfermedad de los «bailarines atormentados» debía de curarse con más baile. Despejaron de este modo el espacio para que la gente continuara moviéndose con libertad, en trance; abrieron mercados y construyeron incluso un escenario. Todo esto, bajo la idea de que en algún punto los 400 dejarían de bailar. Y así el pueblo acabaría con la epidemia.

¿Y?

Y eso no cambió nada. Porque los 400 empezaron a morir. Caían por las calles muertos de agotamiento, ataques al corazón y derrames cerebrales. Se morían por montones. Pero se iban sin maldecir a nadie. Únicamente bailando.

16

Pepe no usa correo electrónico.

Eso ya lo sé.

Se fue a Santiago de Chile hace unos meses. Aún no tiene número fijo. Nos llama de locutorios. Está allá haciendo un doctorado en artes.

¿Doctorado en artes?

Sí, mijito.

¿Y cuándo regresa?

Pues no volverá hasta navidad. Hasta diciembre.

Okey. Podría decirle cuando llame que necesito urgentemente hablarle, así sea por teléfono.

Lo haré, Martín, no te preocupes.

Muchas gracias.

Dar con Pepe se había convertido en su única obsesión. Iba y volvía del hospital pensando en su amigo. Incluso en el hospital pensaba en Pepe. La quimioterapia se la realizaba en Solca, que era el mismo lugar donde cinco años atrás su amigo y su novia hacían de payasos frente a un grupo de niños pálidos y calvos. Ahora frente a él estaba una gordita graciosa con una nariz roja haciéndole de la mano mientras pasaba hacia la habitación de los niños. Martín se la quedó mirando como si aquella chica llevara un muerto en los brazos. Y dos lágrimas cruzaron rápidamente por sus mejillas escondiéndose con facilidad en los pliegues de sus orejas.

Revolvió sus cajones. Pero de ese viaje de una semana a la playa apenas halló dos cosas: un cd de música *trance* y la foto del Barco Hundido. Una saliva pastosa con sabor a químico pasó de su lengua hacia atrás, retardando su sabor en el chico, quien terminó sacudiendo la cabeza.

17

Las parejas continuaban abrazadas junto a la fogata cuando Diana terminó el relato. La chica había capturado la atención de todos. Incluso de Martín, quien había estado realizando círculos con un palo sobre la arena.

Fue un caso de histeria colectiva, continuó hablando, que hasta el día de hoy sigue poniendo a historiadores y sicólogos a pensar. ¿Por qué esos 400 cuerpos no podían dejar de moverse? ¿Qué los obligaba a bailar hasta la muerte?

Begoña y José María encendieron sus cigarrillos. Cristian y María Esther hicieron lo mismo. Fumaban porque no sabían qué decir. Ni entendían muy bien hacia dónde los guiaría ese cuento. Martín se puso de pie dejando caer arena sobre el resto de sus amigos.

Espera un poco, dijo la chica. Espera un poco que aún no he terminado.

San Vito, hijo de un rico pagano, fue bautizado por su nodriza y su tutor a la edad de siete años. Por no renegar de su fe fue torturado junto con ellos y terminó muriendo en aceite hirviendo en el año 303. Cuenta la leyenda que curó de la epilepsia al hijo de Diocleciano; y que cuando todos esperaban verlo gritando en el caldero de aceite, San Vito, quien a la fecha de su muerte apenas contaba con trece años, empezó a bailar desaforadamente, se movía poseído como un verdadero trasnochado al ritmo de una epilepsia rocambolesca. Desde entonces a este santo, en la Edad Media, se le oraba contra las epilepsias y convulsiones. Y muchas veces se le rendía culto bailando.

Pero hay más. Quiero decir, hubo muchos más casos de este tipo de histeria grupal. Casos que se registraron en Europa, sobre todo, desde el siglo vii. Y otro más en 1237 que involucró a niños que viajaron de Erfurt a Arnstadt sin dejar de bailar por todo el camino. Hubo brotes en 1373, 1374, 1375 y 1376. Gente que una vez que empezaba a bailar no podía ya detenerse. Que terminaba con las costillas rotas, que prefería morir bailando a salir del éxtasis en el que se encontraba.

Piensan que se trató de gente que bailaba para olvidar. Para dejar atrás el dolor que estaban sintiendo.

18

José María y Begoña se casaron en el año 2000. Tienen dos hijos con nombres súper curiosos. Y terminaron viviendo en España, allá parece que les va mejor. María Esther y Cristian se separaron en el 2002. Ella continuó con su devoción por la naturaleza, es bióloga y ecologista; ahora pertenece a Greenpeace. Ya sabes: se mueve por el planeta salvando animales y océanos. Y Cristian, pues él vende autos en el patio de autos usados de su padre, que tiene relativamente precios buenos. Su nueva novia es una chica que estudia periodismo y que también quiere cambiar el mundo. Ja, ja, ja.

¿Fin?

No, porque lo que tú quieres saber es dónde está Paula, dijo Diana muy seria.

Martín miró hacia el sitio donde estaba esperándolo su padre, quien se abanicaba con un diario al pie del auto. De repente un par de estudiantes se aproximaron hasta la banca donde ellos conversaban. Un gran árbol cubría del sol a Martín, quien usaba una gorra desde que había optado por afeitarse la cabeza.

Profesora Vela, en la lección de hoy, ¿no va a tomar lo de la hiperrealidad según Umberto Eco?

Todo. Hasta donde les di la semana pasada.

Pero es que lo de Eco yo no lo entendí. Y usted recién lo explicó.

Ese no es mi problema, señor Garcés. Le recomiendo que aproveche los diez minutos que le quedan y repase. Vaya.

¿Decías?

Que lamento lo de tu enfermedad. Mi abuela pasó por lo mismo. Perdió ambas tetas. Sufrió muchísimo.

En ese instante Martín miró una pareja besándose a la distancia, debajo de unos árboles, irradiando como fuego humano en medio de aquel campus universitario.

Y Paula, ¿sigue aquí en Guayaquil?

Sí, Paula sigue aquí. Tiene un bar en el barrio Las Peñas.

Por la tarde, la silueta espigada del cerro con sus casas pintadas de colores pasteles hizo tiritar al chico mientras emprendía la subida. Al otro extremo, el corpulento río Guayas abría las fauces de la memoria de los habitantes de esta ciudad-puerto que, hipnotizados, no podían dejar de mirarlo como si de un vestigio de prehistoria móvil se tratara.

El río Guayas. El río de mi infancia y mi adolescencia. El río de mi edad final. Sólo vivimos para ser consumidos por su caudal sigiloso, pensó Martín. Quien llega a Guayaquil y mira este gigantesco río comprende que nosotros estamos bordeados por una garganta de mar que todo el tiempo está invitándonos a partir.

Martín había bajado aún más de peso. Sus padres le consiguieron ropa, algo que a él le empezaba a parecer ridículo. Vestirse, arreglarse, limpiarse, lavarse los dientes y cortarse las veinte uñas todos los días como si valiera para algo. La Muerte se había instalado en su casa sin importar lo mucho que su madre gritara el nombre de Dios. La Muerte era un tubo de aspirinas, unas vendas, un abrazo materno, incluso una vieja fotografía de un barco inclinado y varado cerca de una playa amarilla.

Se acomodó la gorra y la chaqueta antes de empezar a subir por la calle Numa Pompilio Llona. La imagen de los cañones del Fortín de la Planchada, su falo-realismo, lo contuvo aguantando la respiración.

Acero giratorio listo para contraatacar a los piratas. Una ciudad que se defendía de extranjeros había sido, históricamente, su ciudad. Una ciudad donde ahora él no se reconocía.

Siguió adelante. Miró portales y chicos de su edad, y más jóvenes, abrazándose y bebiendo cervezas, ubicados en la oscuridad de esa calle entre retículos de madera y piedra. Frente a él se abría un camino matizado de juventud y bohemia. Recordó a sus amigos de hacía cinco años. Echó un vistazo al letrero de un establecimiento. Se sacó finalmente las gafas. Y entró.

19

Nos quedan tres días antes de volver a Guayaquil. Les propongo que, en la noche, dos de ustedes ofrezcan un relato partiendo de la historia de Frau Troffea.

¡Bacán! Yo ya sé lo que pasó, dijo Pepe.

Me encanta la historia. Sea inventada o real.

¡Que no es inventada! Ah, y como les dije antes hay dos opciones. Terminarla. O sea, contar qué pasó con Frau Troffea. O inventar una teoría que explique por qué inició ella aquel brote.

Vale. ¡Me encanta!, dijo Begoña.

Yo no voy a inventar nada, habló Martín desinflándose, pero los chicos siguieron.

Me han dado ganas de poner mi cd de música *trance*. Lo tengo arriba. Los hemos invitado algunas veces a esas fiestas y no han querido venir.

No sé, José María, a mí la verdad me causa un poquito de miedo toda esa gente bailando en trance, con LSD o quién sabe qué sustancias hasta el tope.

Qué aburridos.

Ja, ja, ja. No se preocupe-pe-pe, primo, que yo-yo-yo-yo convenceré a Esthercita para ir a la próxima-ma-mama.

Pues yo traje éxtasis.

¿Qué?

Ja, ja, ja. Begoña siempre viene preparada.

Yo me apunto, dijo Diana.

Esperen un poco, pero no es que vamos a tomar todos esa movida.

Si no quieres nadie te va a obligar, Martín.

Mientras sus amigos regresaban al departamento, Martín cubrió con arena la ceniza de la fogata. Las olas empezaron a escucharse con mayor fuerza: subía la marea y el agua iba dejando ondas salpicadas de espuma cada vez más cerca de sus pies. Tomó sus sandalias y miró hacia atrás: el Barco Hundido rugió por dentro como si sus tuberías oxidadas hubieran decidido expulsar vapor de pronto, como si un órgano aún más viejo lo habitara. Como si una bestia inverosímil, llena de huesos, acabara de incorporarse gracias a las sacudidas de ese mar. Se aproximó lo que más pudo caminando sobre el manto de rocas frente a él. El chico miraba la estructura oxidada del barco. Las zonas corroídas de la estructura lucían como fauces. Pensó en el último día

de la tierra. Y en el único barco. Amanecía. Buscó el sol pero aún no había nada ahí. Se alejó del barco hablando en voz muy baja. Y dijo: No tengo miedo. Pero es que yo no soy así. Debe haber otra forma.

20

Se sentó en la mesa más distante que halló disponible. El sitio estaba al tope de gente. Era un bar que Paula y una amiga de ella se habían puesto en el barrio Las Peñas. Con facilidad se había convertido en el lugar de moda. Mesas, sillas y paredes, todo lucía pintado de un modo sicodélico. Jóvenes y adultos se desperdigaban por el sitio, compartiendo vino y tablas de quesos, oyendo *Frijolero* de la banda Molotov por los parlantes del bar. Cuando el chico miró al techo, se pasmó por segundos observando un mural extraordinario de constelaciones congeladas como gajos de gotas en una galaxia. En una esquina vio –así le pareció– la silueta de dos mujeres desapareciendo en una de esas gotas de diamantes que abrían huellas espumosas como un océano.

Paula no demoró en aparecer. Martín la espió desde su mesa. No podía beber, pero aun así se había animado a ordenar una cerveza. La chica seguía usando el cabello corto, pero ahora lo llevaba de un modo más radical: hilachas de cabello largo colgaban por ciertas partes de su cabeza. Y se lo había teñido por completo de rojo. Le causó tristeza la ausencia del arete en su nariz, de ese antiguo pendiente circular que era apenas un lunar metálico en medio de su cara. Sin embargo un tatuaje tribal en su cuello, como salido de un terreno selvático, lo sacó de allí. Paula parece haberse vuelto más Paula, pensó. Sin importarle lo que aquello significara.

Movía sus pies debajo de la mesa. El ambiente era una jauría de diálogos incesantes, de risas cortas y largas, de expresiones escandalosas e íntimas que rebotaban contra su mesa. Pensó Martín en qué estaba haciendo allí. Había llegado hasta aquel bar únicamente para hablar con Paula, para que ella conociera su historia, la historia de su muerte, no de su vida. Su vida no valía nada. Era un miserable. Lo había sido así por más de cinco años. No merecía el mínimo gesto de su parte.

¿Valía la pena su historia? ¿La historia de un idiota que jamás alcanzará a pisar una vida entera? Un chico que se largó –como huyendo– a los Estados Unidos a estudiar la universidad; y que allá se convirtió por unos cuantos meses en un profesional en finanzas que consiguió finalmente un día una oficina en el Bay Bank de Boston. Y que luego de eso soñó con una esposa, un auto y unos amigos norteamericanos normales. En definitiva: una vida diminuta. Un sueño que se desinfló en el consultorio de un médico con más bigotes que

pelo.

Y ese sueño de una vida adulta no tenía por qué cumplirse. La mujer cogió el envase de cerveza y preguntó que qué más quería servirse. Y ese estúpido espejismo de una vida norteamericana no tenía por qué cumplirse. «Karma, *my friend*», le habría dicho en aquel momento su amigo turco. Martín había destruido una vida hacía años. A eso había llegado a ese bar. Quería saber si una vida podía repararse. Quería saber si una vida podía intercambiarse por otra.

Tráigame otra cerveza. Y avísele a Paula Alcívar que su amigo Martín Gallegos está en esta mesa.

21

Cuando Paula se aproximó había perdido por completo el color en su rostro. ¡Que nadie se mueva!, dijo Pepe, cuando terminó de avanzar por el pasillo. Y rápidamente un murciélago apareció volando por la sala sobresaltando a todos los chicos que habían empezado a mirar cómo caía una lluvia rabiosa sobre el océano.

La lluvia sobre el mar es una experiencia religiosa, algo parecido a un llanto sonoro sobre un manto en movimiento. Cada instante es mentira. Y cada instante en que el agua perfora el agua es materia arañándose a sí misma.

Habían acordado en que cuando la lluvia cesara invadirían la playa con leños, licores, cigarrillos y la guitarra de Pepe. A ratos, Begoña suspiraba desde el balcón porque tenía deseos de hundirse desnuda en ese mar acribillado por el agua; sin embargo la llegada de una familia al edificio había cambiado por completo la situación del grupo. Habían llegado un lunes, y en tiempo de trabajo regular. ¿Qué hacían ahí un padre, una madre y dos niños pequeños que parecían idénticos? ¿Y por cuánto tiempo irían a quedarse en el condominio? Se sentían algo cohibidos por la presencia de esa familia tradicional, que usaba la piscina, los ascensores y que había enviado a los empleados a ubicarles también unos parasoles de rayas blancas y azules junto a los suyos por la mañana.

Como en un juego, las cosas empezaron a complicarse para Martín. Se sentía de pronto sorprendido por esos vecinos silentes cuando se movía detrás del grupo de chicas con cara de asustado, con la grasa escondida bajo unos *shorts* de poliéster. ¿Qué estás haciendo?, dijo Diana, cuando halló a Martín en el balcón, agazapado, con unos binoculares espiando a la familia en la piscina. Nada, respondió él.

Y cuando empezó a llover por la tarde, ellos también se asomaron al balcón a mirar el océano y el Barco Hundido. Ambos departamentos quedaban en el tercer piso. Cuando se miraron de balcón a balcón nadie hizo un saludo.

No son los dueños, dijo Martín.

Deben de ser familiares de los Baquerizo.

22

No lo puedo creer… ¡Martín Gallegos!

La chica abrazó al muchacho con una espontaneidad y apego que le derrumbó por dentro. Si algo no se esperaba Martín era que ella le tuviera aprecio. Menos, después de lo que él había hecho.

Paula, hola.

Pero mírate lo flaco que estás. ¿Y esa gorra?

Martín se retiró la gorra por unos segundos. Un gran huevo blanco con ojeras adquirió forma rápidamente frente a la chica.

¿Te has hecho neo nazi en los Estados Unidos?

Ja, ja, ja, ja. No, Paula. Estoy enfermo.

¿Y eso? ¿En serio?

Sí, estoy muy enfermo.

Martín le contó todo con respecto a la enfermedad, encorvado y tosiendo. Miraba a la chica sin entender todo ese tiempo que había llevado pensando que ella lo odiaba por lo que había hecho. Consiguió beber un poco más de cerveza y adoptar una postura completa de condenado con un ligero temblor en los tobillos.

Veinte minutos más tarde Paula lloraba en el baño para damas. Andrea, su amiga y socia del bar, debió ocuparse por un rato de sus tareas. Nadie se fijó en la mirada de horror de Martín. Su culpa devorada por algunos gestos.

Cuando la chica volvió a la mesa de Martín, un tipo ebrio, a sólo dos mesas de la suya, se había bajado el pantalón para insultar a una pareja de otra mesa. «¿Por qué no vienes acá para mearte la cara, tonto hijueputa?», gritó el tipo. El hombre agredido se puso de pie e intentó asestarle un golpe, pero falló. Un gordo de dos metros irrumpió en la escena y sacó a empujones al ebrio, quien no dejó de llevarse su botella de vino de la mesa.

¿Y ese loco?

No le prestes atención. Es la tercera vez que lo hace. Ya estaba advertido. Es un actor, amigo de Pepe. Se emborracha y busca pelea.

Hablando de Pepe, ¿qué sabes de él?

Sé que anda por Chile.

Me lo contó su papá.

Bueno, nosotros terminamos poco tiempo después de aquel viaje a la playa.

¿Fue por mi culpa?

¿Por tu culpa? ¿De qué hablas? A Pepe le parecía muy tierno que yo te gustara.

¿Ah, sí?

Fue por un sueño, Martín. Nosotros terminamos por culpa de un sueño.

23

Los niños gritaban. Pero al hombre y a la mujer rara vez les oían. Sin embargo no iban a dejar de emborracharse por ellos. Al menos por la noche ya estaban solos. Metiéndose vodka con Kahlúa, cerveza y vino tinto. Deambulando libremente por un condominio deshabitado. Ni siquiera se veía a los dos empleados realizando sus actividades fijas de limpieza y conservación de áreas, como sucedía desde la mañana hasta las seis de la tarde. Después de esa hora, Pedro y Luis se iban a sus hogares en la zona pobre de Salinas. Y allí en ese edificio de lujo, donde olía a humedad salobre, no quedaba absolutamente nadie.

Hacía frío. Caminó hacia la habitación de las chicas, abrió la puerta y las espió dormidas. Se aflojó los sujetadores del *short* y empezó a tocarse. Movió su mirada sobre los pechos de Paula y María Esther. Diana tosió de pronto, lo que lo sacó de sitio. Guardó rápidamente su pene. Pero antes de irse de allí paseó su mirada por el culo de Begoña.

Como un animal asustado se masturbó en la ducha mientras el ruido del agua lo alejaba de la fiesta que sus amigos hacían en la sala. Apenas eran las dos de la tarde y sólo se oía música *trance* y correteos por el pasillo.

Martín fue el primero en llegar a la playa. Él mismo se ofreció a armar la fogata. Sabía que debía tomarse más tiempo del necesario. Las tres parejas tiraban dentro de las habitaciones de su departamento, mientras Diana leía echada sobre la hamaca del balcón. Al rato, él miraba cada dos minutos al balcón para saber si el apareamiento humano había concluido. Nada. Su condescendencia lo lastimaba.

Una condescendencia que no era recíproca. Que él sentía así: de él hacia los otros. Y no de los demás hacia él. Un acuerdo tácito se había instalado entre ellos con el pasar de los días. Un arreglo que, puesto en palabras, era básicamente igual a esto: Martín debía hacerse el tonto cuando sus amigos se encerraran a tirar. Diana lo hacía. Se iba a buscar conchas por la playa o se ponía a leer un libro en el balcón. Aprendía a pasar su tiempo sin joder a nadie.

24

Martín pasó en vela esa madrugada. No tenía sentido que Paula le expresara consideración, incluso algo de pena. Era la misma chica de hacía cinco años, con la única diferencia que ahora andaba enamorada de una mujer, de Andrea, su socia del bar. Se lo soltó sin tapujos, a pesar de lo mojigato que era él, se lo dijo mirando a la chica detrás de la barra. Martín quería que Paula estuviera cabreada, confundida, herida, destrozada. Pero lo que había hallado era a una chica feliz, espontánea, amable y comunicativa. Aquello tal vez ponía su necesidad por fuera de todo. Porque no entendía cómo ser absuelto por alguien que parecía haber olvidado la agresión.

Cuando el sol golpeó las ventanas de su antigua habitación, iluminó los *posters* deslucidos de Cindy Crawford y Pamela Anderson. Las enormes tetas de Anderson, disfrazada de guardiana de la bahía, y el precioso lunar de Crawford produjeron una pequeñísima corriente eléctrica en el vientre del chico. Miró una vez más hacia la pared, hacia ambas mujeres suavemente contorneadas, aparecidas como el lúbrico estereotipo de la felicidad de los años noventa, pero nada más pasó. La muerte desde adentro había empezado a disipar todas sus necesidades primarias.

Al mediodía una chica vistiendo una camisa campera y bluyines desgastados, con un broche en forma de una pequeña rosa amarilla sobre las rojas ondas de su cabello relamido, tocó el timbre de la casa. La madre abrió e hizo pasar a la chica. Avanzó luego hacia el cuarto de su hijo sin entender qué hacía esa chica tan guapa, aunque extraña y tatuada, en la sala de su casa. Te buscan, habló así la madre. Pero no vayas a salir. Ya sabes lo que el doctor dijo sobre tus defensas.

Hablan de un trasplante de médula. Pero debo primero estar mejor para eso.

Entonces hay esperanzas, Martín.

No, no es así.

¿Por qué piensas eso?

Porque casi todos se mueren durante esa operación. Pocos cuerpos resisten.

Yo creo que tú vas a lograrlo.

No quiero que me tengas lástima. Me hace sentir raro, no sé cómo explicártelo.

¿Para cuándo es la operación?

Dentro de dos semanas. Pero, Paula, créeme, no tienes que acompañarme ni nada.

Déjate de tonterías, Martín. Pienso quedarme contigo estas dos semanas. Lo que sea que pueda hacer para que estés preparado para esa operación, pienso hacerlo. Y no puedes quitarme ese derecho.

Mira, yo, la verdad, lo único que quiero es irme en paz. ¿Irte? Déjate de tonterías que aquí no se va a morir nadie.

La chica no pensaba cambiar de opinión. Se sentaron a la mesa y comieron unas manzanas verdes que ella misma peló y cortó en pedazos iguales. Se puso a su lado y apoyó su cabeza sobre el hombro de Martín. Una tonada lejana les llegaba desde el patio interior. Les tomó más de tres minutos descifrar la cumbia que el jardinero de la casa escuchaba mientras podaba los arbustos de aquel jardín.

25

Frau Troffea llegó a Estrasburgo porque alguien más se lo había pedido. Dos noches antes, en su cómoda casa en Brandeburgo, donde vivía con lujos y una buena familia, la mujer había tenido un sueño. En ese sueño un chico, de apenas trece años, se le aparecía dentro de un caldero.

El chico –San Vito, por supuesto– bailaba dentro del caldero mientras le decía: «Frau Troffea, escucha bien lo que tengo que decirte. Es hora de que empieces a predicar mi palabra. Has vivido ya mucho tiempo una vida cómoda y feliz. Es hora de que le entregues el resto de tu vida a nuestro señor Jesucristo».

FRAU TROFFEA: ¿Pero, cómo? ¿Qué es lo que debo hacer?

SAN VITO: Tú sólo anda hasta Estrasburgo, en la frontera con Francia, y busca allí la calle más concurrida que encuentres. Luego de eso, ponte a bailar como lo estoy haciendo yo ahora.

FRAU TROFFEA: ¿A bailar?

SAN VITO: Sí, Frau, tienes que bailar. Y suéltate el cabello como si estuvieras loca.

FRAU TROFFEA: Está bien. Como tú ordenes, niño del caldero. Pero, tengo una duda, ¿y eso de qué servirá?

SAN VITO: Jamás se cuestiona una orden santa. Peor aún, viniendo de un santo. Pero, bueno, son tiempos aciagos así que te lo explicaré. ¿Bueno?

FRAU TROFFEA: Bueno, santo niño bailarín.

SAN VITO: Cuando empieces a bailar cientos de personas se verán contagiadas por tus movimientos, entrarán en estado de éxtasis, se plegarán a tus movimientos, moverán sus cuerpos inflamados por un río silencioso pero a la vez melodioso que escapará de tu cuerpo acelerándose, sin que nadie lo vea. A eso le llamamos ondas y música *trance* acá en el cielo. Ondas cerebrales que pueden ser compartidas por todos los seres vivos. Como sea, después de que imites mi baile, cientos de gentes llenarán las calles de Estrasburgo y bailarán sin poder detenerse. Entonces, luego de unas semanas, la mayoría morirá. Y los que sobrevivan sólo lo harán para contar esta hazaña.

FRAU TROFFEA: ¡Qué horror! Pero ¿por qué tiene que morir toda esa gente? Yo no quiero ser la responsable de la muerte de cientos de personas. Menos allá, en una tierra que parece alemana pero que también parece francesa. Eso me confunde.

SAN VITO: ¿O sea que estarías de acuerdo si fuesen alemanes de

Brandeburgo?

FRAU TROFFEA: No he dicho eso, mi niño santo y bailarín de *trance*. Es sólo que si al menos fueran de aquí, este acto no parecería un asunto diplomático de cierto riesgo.

SAN VITO: Los cristianos desconocemos naciones e identidades. Olvídate de eso. Tú tienes que cumplir con tu misión porque gracias a ese acto de fe que realizarás, al que le precederá una cadena de suicidios bailarines, Estrasburgo sobrevivirá a una de las peores hambrunas de Europa. Entiéndeme, Frau Troffea, después de eso, gracias a esas muertes, miles se salvarán.

Pepe había concluido con su cuento. Paula y Begoña reían mientras echaban el humo de sus cigarrillos. Martín abría y cerraba los ojos, con la garganta reseca, no había bebido en más de una hora desde que había bajado a la playa para arreglar la fogata. Cristian y María Esther aplaudieron largamente como subidos en alguna turbación provocada por aquel cuento. José María se había atado el cabello con una liga de Begoña; y ahora liaba un cigarrillo de mariguana, sustancia que apareció por primera vez esa noche, y que no sintió la necesidad de justificar ante sus amigos.

Diana alargó el festejo: ¡Guau, Pepe! Has estado muy cerca de la verdad que ni siquiera existe.

Pero tampoco fue así, interrumpió José María.

¿Por qué lo dices?, preguntó Paula.

Porque hasta cuando decimos: ¡Señor, perdóname, Señor! ¡Ayúdame, Señor, si me oyes! ¡Señor, sé que estás ocupado, pero tengo algo que pedirte…! Yo no quiero que esta historia sea sobre eso. Somos esclavos de conciencia desde el comienzo de la vida. Ciegos dentro de un feudalismo cochambroso. Cuando lo que deberíamos hacer es tutear y putear a Dios cuando no hace su trabajo. Hablarle directamente. Decirle algo como: ¡Oye, qué fue, pana, te estoy diciendo que necesito que me soluciones esa movida inmediatamente! ¡Si no tenías condiciones, para qué chucha nos invitaste a la vida!

Todos los chicos rieron.

En todo caso esta es mi versión –continuó José María–sobre lo que realmente pasó en Estrasburgo. No se me acaben el chafo. Aquí voy:

La mañana en que Frau Troffea llegó a esa ciudad llena de franco-alemanes góticos de mierda, sintió que su marido le había tendido una trampa. Se suponía que ella debía llegar allí, acompañada por dos doncellas, a descansar y aprovechar el buen clima de los campos franceses. Pero naranjas. Ni mierda, señores. Porque la casa de campo que el marido le había conseguido, a las afueras de la ciudad, era una mansión destartalada. O una puta pocilga, según la época. Apenas Frau Troffea entró al sitio, comprendió que en aquel lugar sin un

piano ni una biblioteca ni una fuentecilla decente, pues iba a pasarla muy mal. Y se dijo a sí misma: «¡Yo, aquí, ni verga!»

Cabreada salió del sitio para descubrir que el cochero se había largado. El tipo había dejado su equipaje sobre el monte y huyó de allí. Todo lo que alcanzó a mirar fue el culo del carruaje torciendo por un camino de fango. «¡Hijo de puta!», gritó la mujer agitando ambos brazos. Y en ese momento entendió que se había equivocado de destinatario para su insulto.

Encontraron comida en las estanterías; y en las habitaciones suficiente iluminación para que las doncellas realizaran sus respectivos trabajos. Mientras la una cocinaba, la otra preparaba la cama para su ama. Pero su ama no tenía ninguna intención en comer ni descansar. Había sido enviada hasta allí para descansar, pero sobre todo porque su marido necesitaba alejarla de Brandeburgo. Frau Troffea llevaba más de un año presentando episodios epilépticos que la orillaban a moverse como orate, de modo compulsivo. A torcerse delante de todos. Algo que su marido había escondido por un buen tiempo. Pero que poco a poco fue evidenciándose y sabiéndose entre los habitantes de la ciudad.

Frau Troffea tenía la enfermedad del demonio. Siempre sorprendida por los más descabellados movimientos. Apretaba primero las rodillas contra el pecho y luego se ponía de pie y estiraba aquel calambre eléctrico por todo su cuerpo. Sus pechos y nalgas se balanceaban de modo lascivo, incluso cuando ella misma no se las apretaba con las manos como si quisiera sacarles el jugo. Sí, señores, Frau Troffea tenía la enfermedad del demonio. Y por eso su marido la había enviado tan lejos. Ese hombre había planeado bien el retiro de su mujer en ese campo de mierda a las afueras de una ciudad fronteriza.

Las doncellas arrastraron un mueble al jardín para intentar así alegrar el espíritu de su ama. Se puso un trapo alrededor de la frente y miró hacia un montón de árboles escuálidos que lucían como cadáveres carcomidos por plagas al pie del atardecer de un mundo apocalíptico. Entonces, lloró. Cerró sus ojos; y lloró sobre aquel mueble hasta quedarse dormida.

Cuando se despertó se encontró tan sola que estuvo a punto de gritar. Una luna gris y redonda como bolsa de canguro colgaba del cielo. Se contuvo pensando en que lo mejor, lo único que le quedaba, era salir de allí, volver por el camino hacia el pueblo e intentar convencer a un cochero para que la llevara de retorno a *Fatherland*.

Abandonó la mansión destartalada, a las dos doncellas, y se internó por el camino fangoso. Cuando entró al pueblo ya se había ensuciado el vestido y sus cabellos se habían desordenado de tal modo que en nada lucía como una dama de alta sociedad, sino todo lo contrario.

Algo desorientada llegó hasta la mitad de la calle y, aunque presa de la fatiga y la angustia, se compuso.

Fue entonces cuando a Frau Troffea le sobrevino un episodio epiléptico.

26

Martín echado frente a unas lilas en el jardín de su casa, mirando a Paula leyéndole unos poemas de Emily Dickinson, era la última imagen del mundo. Así lo pensó. La melancolía exacta con la que podía irse sin temblar. Sin embargo el rugido de vapor del Barco Hundido retornaba a su mente cuando paseaba su mirada otra vez por los espacios de piel que no cubría su ropa.

Martín no quería que Paula subiera a su cuarto. Allí arriba tenía ordenados algunos recuerdos, algunos de su amistad con Pepe. Y de esa semana en la playa, apenas el cd de música *trance* de José María y la foto del Barco Hundido. Cerró los ojos. Quiso mirar hacia adentro de sí mismo. Bucear en el agua negra de su espíritu, viajar como una serpiente dentro de sí para intentar cazar imágenes de un tiempo pasado donde él, con apenas diecinueve años, creía que podía salirse con la suya. ¿Había sido Martín un total tipejo que ahora ni siquiera podía contar con un perdón decente antes de morir? ¿Era obra de Dios la amnesia que parecía padecer Paula? ¿Cómo podía haber olvidado ciertos eventos de aquel paseo en la playa? ¿Fue todo un asunto de drogas? Tampoco. Sabía muy en el fondo que no lo era. Incluso le fastidió un poco pensárselo. Dejar algunos eventos terribles a un asunto ligado a las drogas era lo más parecido a limpiarse de responsabilidad. Y él era responsable. Es más, Martín quería la responsabilidad, necesitaba de la aceptación completa de su rol de hijueputa para poder salvarse antes de cerrar definitivamente los ojos. Antes de irse de esta vida de ficción en la que apenas saboreó el triunfo en una oficina de Boston; y *el amor* en un acto descolocado hacía cinco años. Sin embargo la amnesia de la chica le arrebataba todo.

No lo consiguió. Abrió nuevamente los ojos, sacó el disco de su caja y lo metió en su equipo. Fue así como finalmente entró al pasado: abandonándose al fuego del ritmo cardiaco de esa música *trance*.

27

Con los binoculares, Martín espiaba una vez más a la pareja que ahora se bañaba en el mar. Los niños, ambos vestidos con camisas blancas y pantaloncitos a rayas, jugaban a las cartas sobre la arena. Martin vio toallas, gorras, cigarrillos, bloqueador solar, cervezas, agua mineral en botellas de plástico y un envase con lo que debía de ser comida. Aunque la mujer estaba en forma, a Martín no le atraía en nada el físico de una cuarentona que era tan delgada como su madre. Esa espalda pecosa y esos hombros escuálidos tan similares. Notó en el lenguaje corporal del hombre, en cómo se conducía con su mujer y los niños, un papel que conocía de hacía mucho. Él estaba echado sobre una gran toalla bronceándose con una cerveza en la mano. La mujer, en cambio, iba y venía produciendo cierto orden bajo las sombras de los parasoles.

Cocinaron camarones al ajillo y filetes de pescado. Las chicas fueron al mercado a comprarlos. Además trajeron vino blanco, al igual que cigarrillos y galones de agua. Durante el almuerzo José María elogió a las cocineras, quienes rendidas se apoyaban en la baranda del balcón mientras bebían, entre risas, la segunda botella de vino. Pepe había tomado la guitarra una vez más y pretendía tocar cuando María Esther lo detuvo. Posó su gorda palma sobre el pescuezo amarillo de aquel animal de palo. Paula se había percatado de algo que sucedía en la playa.

El hombre tironeaba a la mujer, quien alzaba los brazos y gritaba. Cualquier cosa que gritara era imposible de oír para ellos. Martín cruzó el pasillo corriendo con los binoculares en la mano, e intentó descifrar la situación para todos.

Parece que ella dice algo como… «Aquí». O «¿Aquí? ¿Lo hiciste aquí?»

Vamos, Martín, tú puedes hacerlo mejor que eso, reclamó Diana. Te pasas todo el día espiando con los malditos binoculares, pervertido.

Okey. Pero esto no es ninguna perversión. Es curiosidad. Y, además, el tipo parece que se está poniendo violento.

Voy de nuevo.

Ella: ¿Con ella? ¿Cómo pudiste, eres un hijueputa, Adrián?

Eh, parece que se llama Adrián.

Él: Tú no has visto nada. Estás confundiendo las cosas, Julia. Vamos para adentro.

La mujer se llama Julia.

Aviso que algo leo los labios y algo me lo invento.

Ella: Yo misma cogí el teléfono, hijueputa. ¿Qué excusa vas a darme? Dijiste que se había terminado.

Él: Estás paranoica. No sabes ni quién llamó. Era mi mamá. Vamos adentro que los niños están allí arriba solos.

En ese momento el hombre miró hacia los balcones del edificio y descubrió a Martín apuntándolo con los binoculares, haciendo de traductor, junto a su grupo de amigos. Martín se tiró hacia atrás pero apenas logró disimular su intromisión. Hizo señas a los chicos, quienes igualmente intentaron disimular. Volvió a ponerse de pie afianzándose en las baldosas y con los binoculares ahora apuntando hacia el Barco Hundido. Desviando así el verdadero propósito de su pesquisa.

La pareja retornó por el camino que unía la playa con el condominio. Se quitaron la arena del cuerpo con los grifos de agua ubicados en la entrada. Martín, quien seguía mirando el Barco Hundido con los binoculares, oyó muy bien cuando el hombre gritó a los empleados para que fueran a recoger sus cosas sobre la playa. Captó su enojo. El sol latía, se inflaba y se desinflaba en tonos naranjas y rojos, sobre la rápida línea del agua. Era un verdadero corazón en movimiento puro.

El sol. Pero era únicamente un corazón cuando moría.

28

Atravesó el parque de la ciudadela esquivando miradas de posibles excompañeros del colegio. A esa hora la mañana extendía una nube de hollín sobre algunas cuadras. Su madre le había dicho que algunos de sus amigos, por medio de sus madres, habían preguntado por él. Sabían que había retornado de los Estados Unidos y querían pasar a saludarlo. La verdad era otra: muchas familias de su ciudadela sabían que Martín estaba prácticamente desahuciado. El sacerdote lo había contado en la misa la semana anterior. Entonces lo que sus excompañeros querían mirar era la cara de La Muerte. Y lo que sus madres querían mirar era cómo aquella desgracia no las había salpicado de milagro. Martín se internó por un camino angosto de piedra, que estaba ubicado a un costado de la iglesia. Golpeó allí dos veces una puerta de metal que hizo un chasquido exagerado cuando se abrió frente a él. Y entró.

La oficina del padre Federico era eso, una oficina burocrática. Como cualquier otra. Como la de su padre en el Ministerio de Obras Públicas. ¿Pero qué podía archivar ese hombre allí? ¿Pecados y absoluciones? ¿Oraciones y penitencias? El chico no lo entendió. De golpe sintió la mano del padre apretando su hombro por detrás y dio un respingo. Levantó la mirada hacia él y comprendió su torpeza de seguir usando su gorra. Se la quitó mientras el padre Federico se ubicaba en su sitio de rector de aquel templo, listo para rodear con su sabiduría cualquier mínimo avance del miedo. Su vida estaba al servicio de combatir la falta de fe. Y era muy bueno en ello. Miró a Martín y detectó en su rostro la llama de la angustia. «Vamos», dijo el hombre con un arraigado acento español. «Venga ya, cuéntame que os pasa por la cabeza.»

Pero esto que me acabas de contar, Martín, es terrible. Pero, ¿cómo has podido hacer algo así? ¿En qué estabais pensando? No, no me lo respondas. Sé muy bien en qué estabais pensando. Pero, chaval, se te voló la mollera.

Lo sé, padre. El asunto es que me encuentro ahora en una posición…

¿Pero qué decís? ¿Qué posición? Mira, Martín, yo estimo mucho a vuestros padres. Y a vos mismo. ¡Pero si os conozco desde que erais un crío! Acá no hay nada qué hacer. Me refiero a que no veo cómo puedas hacer algo con respecto a la muchacha.

Pero, padre Federico, no quiero morirme así. Cargando con esto.

Necesito paz, necesito el perdón. Necesito la responsabilidad.

A Martín se le aguaron los ojos. Ocultó lo mejor que pudo las lágrimas, sin embargo hubo una que no logró contener. Siempre hay una lágrima que huye y logra hurgar la piel, el aire, el mundo en banda abierta que nos rodea, hasta tornarse finalmente invisible frente a nuestros ojos.

Óyeme bien, Martín. Nada sacarás haciendo víctima a quien no sabe que lo es.

29

Se acostaron sobre la arena húmeda junto a la fogata. A esa hora, el Barco Hundido era apenas un bloque de negrura que recortaba la negrura menos específica del cielo. Martín le encendía los cigarrillos a Paula recreando un nuevo hábito nervioso que había empezado hacía días. Su exceso de detalles con Paula fue notorio para todos, quienes por pena no se burlaron de aquello. Eran chicos sensibles. Chicos diferentes viviendo una realidad de fuerzas capitalistas. Por eso se desmarcaban de las tradiciones de sus hogares de clase alta de costumbres católicas: para sentir que entraban a estados anárquicos de conciencia.

Es mi turno, habló Paula.

Pero yo no voy a relatarles por qué Frau Troffea hizo lo que hizo. Yo pienso contarles lo que pasó después de que inició el baile.

Un cuerpo entre cuatrocientos cuerpos es un cuerpo desaparecido. Frau Troffea seguía moviéndose en el mismo espacio donde había empezado todo. Obedeciendo la orden de un santo. O, tal vez, padeciendo un horrible ataque epiléptico. ¿Cómo saberlo? La mujer no hablaba con nadie, sólo vibraba, se agitaba y temblaba como una cuchara metálica dentro de una licuadora. Con la diferencia de que ahora había piernas, caderas, cabezas y brazos, montones de ellos, agitándose también alrededor de la Frau. Algo parecido a una serpiente, entre las calles de Estrasburgo, formada por kilómetros de cuerpos y pelo humano.

El pelo humano es resistente a la putrefacción al igual que a distintas temperaturas. Y, cuando está húmedo, es un buen conductor de la electricidad. Como sucedía ahora después de días y días que llevaban bailando esos cuerpos sin nombres, moviéndose como una sola masa hipnótica debajo del sol y la luna. De algún modo todos estaban conectados por el pelo.

Las autoridades de Estrasburgo permitieron que la fiebre del baile, de todo un pueblo bailando, se propagara rápidamente como en la película *Footloose*. Imaginaron que en algún punto se quedarían dormidos. Lo que no sucedió. Fue entonces cuando se decidieron a sacar de allí a la mujer que había traído esa peste.

¿Pero cómo hallar a Frau Troffea entre esa marea de suicidas que rebotaban por el pavimento? Después de un mes todos lucían igual. Parecían ondulados esperpentos llenos de excrementos y pis, envueltos en harapos.

El alcalde opinó que lo mejor que podía hacerse era separar a las mujeres de los hombres. Otro funcionario opinó que aquello era imposible: todos estaban pegados, adheridos a una energía malsana. Luego, el alcalde reordenó sus pensamientos y dijo: «Habrá entonces que buscar a una mujer que nadie pueda reconocer. Me refiero a una mujer que sepamos, tan solo con verla, que no es de nuestro pueblo.» Otro funcionario recalcó lo difícil de esta tarea, considerando el estado en el que estaban ahora esas cuatrocientas personas. «No hay nada más que podamos hacer», reafirmó el alcalde. «Iremos una a una limpiándolas hasta dar con la enemiga extranjera».

Tres días se pasaron limpiando mujeres en las calles. Sin embargo algunos que lo hacían se quedaban contagiados por la energía de esos cuerpos, conectados por pura espontaneidad. Dejaban su trabajo y se ponían allí mismo a bailar ese ritmo invisible, demoníaco. Hasta que dieron finalmente con Frau Troffea.

Cuando la hallaron descubrieron que Frau Troffea había muerto hacía semanas. Se movía únicamente gracias a dos cuerpos extraños que habían sujetado, con cuerdas, las extremidades de la mujer alemana a las suyas, obligándola de este modo a seguir moviéndose. Lo habían hecho así para que nadie se percatara de lo sucedido. Para que todos siguieran bailando hasta la muerte.

Y la hiciste de terror, dijo Martín.

Un poco.

A mí me mola, dijo Begoña.

No sé, Paulita, que lleven atado el cadáver, bueno, sí, pero en definitiva quedó muy de culto norteamericano, ¿no les parece?, preguntó Pepe al grupo.

Pero primo-mo-mo-mo, lo que pasa es que-que-queque usted siempre con su *swing* de socialista.

Pero de *Socialista Burger King*, dijo Paula, riéndose. Lo que molestó ligeramente a Pepe.

Bueno-no-no-no. Yo voy ahora con mi cuento-to-toto, que es chiquito.

Frau Troffea-ffea-ffea-ffea no, no era fea, ja, ja, era lista y muy guapa. Y cuando se dio cuenta de lo que había hecho-cho-cho, me refiero a toda esa gente-te-te-te que ahora se amontonaba junto a ella a bailar-lar-lar, se puso las pilas y salió volando-do-do. Se dobló la falda-da-da y empezó a perderse entre toda-da-da la masa.

Pero los hombres del alcalde la tenían súuuuper que vista-ta-ta-ta. La apresaron y la llevaron a una casa de enfermos donde había únicamente-te-te-te locos de cuidado-do-do-do.

Le hicieron tratamientos de todo tipo-po-po a la pobre. Claro,

tratamientos extraños, recomendados por un sujeto-to-to llamado Paracelso. Fue así como le dieron de probar polvo de cráneo mezclado con la sangre de la cabeza-za-za de un decapitado. Cosas asquerosas de ese tipo. Le hacían de todo para que ella se curara y explicara por qué-qué-qué había propagado esa fiebre en Estrasburgo.

Pero la mujer no sólo no mejoraba-ba-ba, sino que no cambiaba de versión-ón-ón: seguía diciendo que veía la realidad-dad-dad en fragmentos, veía todos los tiempos al mismo tiempo. «Huellas y cenizas», dijo la Frau. «Todo lo que veo son huellas y cenizas». Algo que, por supuesto, le provocaba-ba-ba-ba convulsiones. Convulsiones que su marido había confundido con epilepsiasia-sia.

Dijo, finalmente, que había visto el fin del mundo. Y que una bola de fuego-go-go caería sobre ellos, allí en Estrasburgo. Y que nadie-die-die se salvaría. La desventaja de ver todos los tiempos era poder conocer el momento del fin-fin-fin. Y la ventaja-ja-ja era saber cuándo iba a empezar de nuevo. Un mundo destrozado pero intacto.

Cuando el asunto pasó a los religiosos, estos simplemente la acusaron de bruja-ja-ja- y la quemaron, delante de los sobrevivientes-tes-tes de la jornada de baile. Frau Troffea murió jurando que ella había-bía-bía-bía realizado su baile en aquel sitio porque había entendido que, aunque el mundo-do-do se iba a acabar mañana, lo que comprobaría que la humanidad-dad-dad-dad de aquel periodo no había valido para maldita cosa, al menos podía irse divirtiendo. Moviendo ese esqueleto-to-to a pun-to de tornarse en un montón-tón-tón de cenizas.

30

A veces pienso que la vida únicamente es ese periodo determinado de tiempo al que llamamos «juventud». Y que todo lo que sucede después de eso es una secuencia de eventos, más o menos importantes, que de cualquier modo siguen enlazados a esa misma juventud a la que parecemos estar condenados a recordar hasta la muerte.

Por eso nadie vive realmente, afirmó Paula. Si lo piensas así, todos están reviviendo los días de su juventud. Lo que quiere decir que en cualquier tiempo hay un solo tiempo que sería este: el que ambos estamos justamente ahora experimentando. Un tiempo que no pasa, sino que en su lugar se vuelve borroso. Pero que, incluso así, no acaba.

No lo sé, respondió Martín. Estar encerrado en un único tiempo debe ser algún tipo de infierno o juego macabro, ¿no te parece? Seres humanos envejeciendo, anclados a un sitio con la mente proyectada en otro lugar, en otro tiempo, en el pasado que, como dicen, es un buen lugar donde morir.

Aunque yo no tengo ni eso.

¿A qué te refieres?

Que yo no tengo ni siquiera un buen pasado donde morir.

Y si un momento es todos los momentos, si uno entra en el otro como una muñeca rusa, entonces el amor y el odio, la cordura y la locura, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte tampoco pueden ser determinantes. Porque no serían opuestos, Martín, sino la misma cosa.

¿Y qué es lo que serían?

La vida como algo justo e injusto. La vida como algo cierto pero inasible.

31

Cuando los ocho chicos llegaron al departamento, después de un largo paseo por el malecón, a Martín le pareció oír un grito en la playa. Se aproximó al balcón y lo único que vio fue el mar golpeando el Barco Hundido. Por primera vez sintió congelarse ante la imagen de esa especie de búnker del pasado, que tenía décadas observando la vida de todos los bañistas, de ese balneario de la clase alta, desde el otro lado de la playa. Desechó esa idea atribuyendo el grito y su escalofrío a los seis vodkas que había ingerido.

Todas las demás plantas del condominio estaban a oscuras. Solamente el tercer piso, a esa hora, registraba ruido y movimientos, al igual que luces encendidas en algunas de las ventanas. A pesar del sonido que hacía Pepe con su guitarra (de Silvio Rodríguez pasó a canturrear Tracy Chapman, no sin antes explicar que el *folk* era la música protesta de los gringos), y de la licuadora encendida por Cristian para preparar rusos blancos, Martín volvió a escuchar un grito en el océano. Miró a sus amigos pero descubrió que ninguno de ellos había oído nada. Seguían cantando *Fast Car* en un perfecto inglés. Cuando lo oyó por tercera vez se aproximó al balcón y descubrió que había un hombre allí, parado entre las piedras al pie del barco. Tenía puesto un traje de buzo y manipulaba los tanques de oxígeno. Finalmente entró por los binoculares y volvió a mirar. Le llamó la atención, pues nunca antes había visto a alguien buceando cerca del Barco Hundido. Entrar en él debía de tomar muchísimo trabajo. Aunque quizás hubiese forma de hacerlo desde el fondo del océano. Vio al buzo sumergirse en un par de ocasiones. Se cansó de esperar y volvió a la sala con el grupo. Al rato se percató de que lo único que seguía moviéndose sobre el agua era el reflejo metálico de una luna que aparecía y desaparecía a su capricho.

Cuando bajaron a la playa, a hacer la fogata, a Martín le pareció que el Barco Hundido se había movido ligeramente mar adentro. Aunque indagó al resto, algo preocupado por su visión, ninguno de sus amigos le prestó atención a su reparo. Desde que llegó había experimentado lo mismo: que aquel barco oxidado se movía hacia adelante y hacia atrás. En dos tiempos distintos. Y siempre resguardado por la oscuridad de la noche abierta. Calló porque le pareció mejor así. Soplaba el viento; y la idea de que su mente lo traicionaba cobró sentido. Había ya tantas diferencias entre ellos y él, que no tenía lógica arrojarse a sí mismo la duda sobre su cordura.

Calló y empezó a regar bencina sobre los maderos.

32

Reconocieron a Paula apenas entró. Una mujer, vestida de enfermera, se aproximó hasta ellos para saludarla. Martín, a pesar de lo difícil, le había agarrado el pulso a la quimioterapia. Cerraba los ojos y se dejaba ir. Aunque ahora contaba con Paula, quien sujetaba su mano. La enfermera recordó también a Pepe y sus actividades como *clown* en 1999. Cuándo le preguntó sobre cuándo volvería a brindar su ayuda, Paula respondió que ahora estaba ocupada con asuntos personales, pero, claro, que iba a hacerlo en cualquier momento, que contara con ello. Martín entendió que Paula había mentido. Dos dedos de su mano derecha rascaron la piel de su cuello, en el lugar del tatuaje, cuando respondió a la enfermera. Tampoco era tan extraño: estos chicos, como cualquier otro, ganaban y perdían intereses con rapidez. Pocos se aferraban por años a sus ideales o ensoñaciones con qué aterrizar en el futuro.

Es extraño, debe de serlo: sentir que avanzar en la vida implica romper con tu origen. Irte contra tu clase social. Para tarde o temprano volver a ella.

Martín se calzó los zapatos; y juntos pasaron por pasillos llenos de familiares y enfermos. Cuando entraron al consultorio del médico de Martín, Paula movió tres veces su mano por la espalda, acariciándolo como a un gato pequeño. Él se detuvo. No mires atrás, dijo la chi-ca. Porque no hay nada allí.

La vida no está hecha de materia inútil. Hay un propósito en todo. Debe de haberlo. La realidad no puede ser un puesto en el mercado donde el pescado se pudre. Debe ser más que eso, pensó Martín. Comprendió que hasta allí es donde lo había traído la vida. La suya: llena de actos burdos y vaciada de afectos verdaderos. Y que luego, desde aquel punto, las cosas –según su médico– quedaban en manos de la suerte (¿?).

¿La suerte? ¿En serio? Debía ahora confiar en algo que jamás lo golpeó. «El próximo lunes lo operamos. Es ahora o nunca», dijo el hombre. «Y todo dependerá de cómo responda su cuerpo durante el proceso».

33

No era por amor que Frau Troffea había llegado hasta Estrasburgo, –dijo María Esther– si no para salvar la vida. Había salido huyendo de su casa en Brandeburgo porque su marido, poderoso como era, había dispuesto que su mujer se convirtiera en objeto de estudio. No había modo alguno de remediar el asunto de sus episodios de meneos irreflexivos y agitaciones incontrolables. Le había advertido que para la próxima crisis mandaría a buscar a un médico experto en disecciones. No eran para nada raras las disecciones cerebrales en aquella época. Se empezó con criminales, por ejemplo. Y hubo incluso algunas disecciones apoyadas por la Iglesia.

La mujer estaba aterrada. Casi no dormía. Pasaba orando porque no le sobreviniera otra de sus crisis. ¿A qué podía adjudicar eso tan terrible que le ocurría? Las manos y los pies se le torcían, al igual que el cuello y los ojos. Luego empezaba a escupir frases sucias y oraciones entrecortadas. Pero en su mayoría eran insultos que su marido apenas soportaba con odio inmediato. Y con el paso del tiempo, esos insultos fueron modificándose, tornándose más creativos. Debió ser muy raro escuchar a una mujer de 1500 decirle a su marido: «Oye, bobo hijueputa, ¡quiero cagarte el rostro y luego comérmelo! ¡Chupa escrotos!». O cosas por el estilo.

El hombre había prometido mandar a traer a un famoso doctor para que operase a su mujer allí mismo, frente a él, pensando en que tal vez así, abriéndole la cabeza y rebanando un trozo de sus sesos, advertiría ante sus ojos la auténtica forma del veneno. Fue entonces cuando Frau Troffea hizo algo que cambió su destino.

Bueno, ella no lo hizo. Participó sin saberlo. Pero sigamos.

La doncella de la mujer entendió que una vez que su ama fuera diseccionada, pues ya nada sería igual en aquella casa. Era ella quien las trataba bien, con afecto, a ella y a su compañera Eduviges. Su marido era un tirano que golpeaba caballos y que estaba acostumbrado a apagar incendios con su oro. Por eso ambas doncellas, en contubernio, idearon el modo de salvar a su ama.

No era difícil. No para ese par de mujeres creativas y con una excelente disposición. Ambas habían advertido –algo que el marido jamás había hecho– que los trances de Frau Troffea estaban antecedidos por momentos de distracción prolongados. La mujer se quedaba, por ejemplo, mirando un pajarito amarillo sobre una rama descascarada por más de dos horas.

La vigilia antes de la noche en que se daría un brote, Eduviges fingió enfermarse severamente. Fiebres y diarreas la acorralaban sin darle tregua. El amo respondió haciendo atender a la chica, como estaba previsto. Y el médico, como estaba también previsto, no pudo dar con el origen de aquel malestar que ambas doncellas habían preparado con hierbas furtivas traídas del bosque. Cuando Frau Troffea empezó a retorcerse sobre la cama, ambas doncellas la asistieron y la pusieron de pie, dando con esto origen al famoso baile. Por supuesto, Eduviges sanó apenas su ama atrapó uno de sus brazos, obligándola a moverse con ella. Cosa que hizo entusiasmada como una autentica estriptisera.

Cuenta la historia que hecho el milagro no tardó en llegar un sacerdote que vinculó aquel bailecito de Frau Troffea con el de San Vito muriendo en su caldero. Aunque sobre los insultos que profería la Frau poco pudo hacerse. Aquello era tal vez el demonio intentando apoderarse de una enviada del Señor. Y así se asentó.

Como sabemos un milagro siempre origina más milagros. Y en muy poco tiempo la casa de Frau Troffea empezó a convertirse en sitio de peregrinación. Y los rumores de su extraño baile que contagiaba a otros y los sanaba del cuerpo, o del espíritu, se propagó por toda Europa. A Estrasburgo llegó luego de que un sinnúmero de fieles redactaron cientos de cartas solicitando su presencia. El marido –algo incrédulo todavía– le permitió ir únicamente con la condición de que esta probara su misticismo haciendo que todo el pueblo se moviera junto a ella tocado por el rayo del Señor. Entonces, fue así como su primer milagro esta vez realmente sucedió. Y fue así también como nació la primera coreografía de la historia de la humanidad.

¿A la playa? No lo sé.

Es mi último fin de semana antes de la operación.

Tendría que hablar con Andrea. Explicárselo un poco.

Yo, la verdad, preferiría que vinieras sola. No conozco a tu novia y se trata de un viaje íntimo. Se trata de ver el mar por última vez.

Bueno, creo que el aire del mar te sentará bien. Pero nada de desanimarse, Martín, que tampoco será la última vez que lo veas.

Escuchaste al médico, hay algo de azar en todo esto. Yo no quiero morirme. Nadie creo que lo quiera. Estoy haciendo todo para sobrevivir.

Vamos a la playa entonces. Salimos mañana por la mañana, ¿sí?

Sí, perfecto.

Me da risa pensar que estuvimos allí siendo otras personas hace ya tanto tiempo.

Sabes, hay algo en ese viaje que hicimos que se quedó conmigo para siempre.

Entiendo. Yo a veces tengo la misma sensación. Aunque no puedo definir lo que es.

Estuvieron toda la mañana en la carretera convirtiendo el viaje de dos horas en uno de cuatro. Hablaban de cualquier cosa, de los pueblos que iban dejando atrás, de las enormes aves de rapiña que se posaban en las cúpulas de las capillas coloridas, o de los cementerios y las cruces al pie del camino. Se detuvieron a comer y a sacarse fotos hasta en una gasolinera. Martín lucía decrépito y muy delgado, sin embargo estaba feliz. Paula podía notarlo. Ese viaje hacia la playa cobraba en él la dimensión de un viaje hacia el pasado pero desde el futuro. Sin intención alguna de desenterrar el pasado, sino de reescribirlo. Apoyaba sus brazos sobre la frente y miraba hacia el cielo, sonriendo. Algo de eso había. El chico abrazaba todos los tiempos en un único día. Finalmente.

Luego se quedaron mirando el océano al pie de la carretera justo antes de la entrada al balneario. En ese tramo no había bañistas. El océano aparecía allí en su dimensión más natural. Arrebujándose con ecos. Apoyándose en la brisa. Comiéndose la arena.

Cuando entraron al condominio Martín se percató de que el Barco Hundido, aunque canibalizado por el agua salada, aún seguía ahí. Cerró los ojos con fuerza y permitió que el aire bajara por su pecho

como abriendo un mapa grande hacia sus hombros.

35

Alzó la vista y descubrió al hombre del departamento de al lado hablando solo con un teléfono inalámbrico en el balcón. Miró hacia su departamento y por un momento le pareció ver dos sombras moviéndose en su interior. Bebió un poco más de cerveza y prefirió perderse en el siguiente relato frente al fuego. Begoña ya estaba mareada pero había insistido en que le dejaran contar la última posible historia sobra Frau Troffea. La mujer que había inventado la música *trance* y la primera coreografía pública en el siglo xvi, posiblemente librando una batalla contra una enfermedad. ¿O?

Yo solo quiero contar, antes de que todos nos drogue-mos y bailemos, qué fue lo que realmente sucedió en 1518 en Estrasburgo. ¿Un fenómeno? ¿Una histeria colectiva? ¿Una manifestación religiosa? ¿Un contagio epiléptico? Ninguna, joder. ¡Ja!

Habría que empezar diciendo que, efectivamente, Frau Troffea no tenía una buena relación con el pesado de su marido. Un hijoputa autoritario y machito alemán que pedía ser atendido como un puto crío a toda hora.

La pareja era de allí mismo, de Estrasburgo. Y el matrimonio había llegado a un punto crítico. Frau Troffea estaba agotada por todas las exigencias de su marido, no sabía por qué el rol de una esposa era aquel: hacer de segunda madre de un hombre adulto con retraso emocional. Con el pasar de los años empezó a odiarlo con todas sus fuerzas. Había una larga contradicción en vivir una vida generosa con alguien que te esclaviza.

Fue así como Frau Troffea maquinó el modo de dejar de atender al prepotente de su marido. Ideó padecer de una rara enfermedad que la empujaba a moverse de modo impulsivo, errático, disparatado y vulgar. Y, claro, invadida por estos ataques involuntarios, no podía limpiar ni cocinar ni lavar la ropa. Era una discapacitada con credencial, para que se entienda. Así logró liberarse de sus quehaceres domésticos. Y de ese modo también pudo desfogar todo el maltrato almacenado en su cabeza: puteando al hijoputa ese de lo lindo durante cada embate de la enfermedad.

¿Y qué podía hacer el marido, sino buscar ayuda médica? Pero la mujer estaba decidida. Se había plantado demasiado bien en su actuación. Así que, uno tras otro, los médicos abandonaban ese hogar sin respuestas, apenas persignándose, pidiendo por que aquello jamás ocurriera en los suyos.

Como era de esperarse, el chisme de su condición se regó por la ciudad. Todas las mujeres se enteraron de cómo Frau Troffea padecía de una rara enfermedad que le prohibía someterse a los caprichos de su marido. Y no pasó mucho tiempo para que todas esas mujeres desearan tener lo mismo.

Una mañana en que Frau Troffea, libre de responsabilidades, deambulaba por una calle concurrida de Estrasburgo, un grupo de mujeres se aproximó y la detuvo. La tensión se registró en sus miradas: ellas querían poseer su secreto, querían liberarse de sus maridos, querían reventar hacia afuera. Joder, se entiende a lo que me refiero. Siglos de sometimiento, obediencia, hacer quehaceres y abrir las piernas para el niño-señor de la casa que pasaba de cazador a borracho maquillado con peluca.

Entonces Frau Troffea empezó a agitarse, a darles en la mitad de esa calle su poder a las otras. Y estas empezaron a moverse de igual modo, tirando golpes y patadas hacia una realidad que no tenía ningún deseo de ampararlas, sino de someterlas. Y en pocas horas había ya más mujeres haciendo lo mismo: gritando con el cuerpo, rasgándose las vestiduras, tocándose los genitales, sacando las lenguas y poniendo los ojos en blanco. Algunas iniciaron orgías allí mismo: amparadas ahora sí por la epilepsia o el demonio que se supone las recorría. Y muchos hombres se metieron a bailar, pues, porque los hombres son siempre hombres, son capaces de cualquier cosa, hasta de pasar por maricones, si como recompensa hay una vulva del otro lado.

Por eso, esto no se trató de una manifestación religiosa, quizás únicamente se trató de algún tipo de brote posmedieval de rabia, de una expresión feminista en una época en que no contaban con ningún derecho las mujeres. El diablo y la enfermedad como sus aliados. ¡Me encanta eso!

Te salió mejor de lo que pensaste, dijo Diana.

¿Y eso?

Diana me ayudó.

Creo que todos nos merecíamos escuchar la versión, aunque desde el punto de vista de un hombre, de lo que posiblemente pasó.

¿Y eso fue realmente lo que sucedió?, preguntó Martín aplastando con sus manos una pequeña torre de arena que había edificado junto a los pies de Paula.

¿Y cómo saberlo?

36

Imaginarse una vez más en la playa, tomando el sol junto a Paula, lanzó su mente hacia una región espantosa, como sucede a quien imagina la caída de un Boeing 747 dentro de su habitación en la madrugada. Pero eso estaba pasando. Él estaba allí, recostado en una gran silla blanca de plástico, con sus gafas y gorra protegiéndole la mitad del rostro. Dejando que el sol ardiera tímidamente sobre sus pálidas piernas velludas.

Para vencer el miedo, pensó una vez más en sí mismo, en su operación del día lunes, incluso en lo que el padre Federico le había dicho. Se quedó pensando en que aquel hombre de fe tenía un punto. ¿De qué podía servirle a Martín remover el pasado o lo que había sucedido hacía cinco años? Ahora no paraba de vigilar a Paula cuando esta entraba en el mar. Su bello cuerpo moreno dejándose embestir por las olas saladas, fundando nuevos y oscuros niveles para el agua y la arena dentro de ese pequeño bikini blanco. Paula, la novia inalcanzable. El cuerpo de su amigo Pepe. No el cuerpo de ella.

37

Ocho pastillas rojas con forma de corazón aparecieron sobre la mesa. Begoña y José María las ubicaron con cierta teatralidad. Pepe arrimó la guitarra en una esquina; se rio y empezó a mezclar el vodka. Parecían estar todos de acuerdo, moviéndose con cierta naturalidad que a Martín continuaba enfadándole. Eran las once de la noche, pero el departamento de al lado lucía apagado. Habrán salido, pensó Martín. Cuando tomó una cerveza de la refrigeradora sintió que lo había hecho por protección. Le pareció por un segundo un objeto neutral.

El único lenguaje era el de una niebla toxica cubierta por movimientos alterados. Los chicos se movían erizados por esa música *trance* y el efecto del éxtasis. Fumaban, bebían y bailaban. Martín optó por mirar los cuerpos de las chicas, cada vez más despreocupadas, cada vez más enlazadas a un inmenso vacío dentro de ellas mismas, olvidándose de este mundo, permitiéndole así a él observar las huellas hundidas de sus pelvis en los bikinis, o algún pezón erecto que por segundos sacaba a relucir su aureola de un color rojizo como de té.

Horas después él mismo se puso a brincar para apoyarse con mayor libertad a esos pedazos de cuerpos en la niebla. Fingiendo que amaba ese salvajismo fingido. Puso entonces su pastilla de éxtasis en la boca de Paula, quien, azorada, aceptó sonriendo.

¿Te ayudo a recostarte?

Eran las cuatro de la mañana y los chicos no podían detenerse. Apenas hablaban entre ellos. Se agitaban, se liberaban, se repartían en un acto generoso. Paula ya no podía sostenerse en pie. Tomó el brazo de Martín como alejándose imaginariamente por un tramo de arena.

Vamos, dijo él.

Martín llevó a Paula a su propia habitación. Se dio cuenta de que ni Pepe ni los demás reparaban en nadie. Estaban idos, viajando a miles de kilómetros por hora a través de la energía de esa música y las pastillas. La recostó como si fuera una niña pequeña. Sus manos le temblaban. La respiración empezó a entrecortársele. Tenía a Paula allí, en su propia cama, perdida de sí misma. Tenía entonces el cuerpo de Paula. Empezó a desvestirla con recelo, pero al darse cuenta de que ella no reaccionaba empezó a hacerlo rápidamente. La desnudó y la palpó como si fuera a durar para siempre aquel instante. Besó sus pezones, duros y rojos como de té, y hundió su dedo índice con recelo

dentro de la chica. Se incorporó, se arregló los cabellos y salió disparado hacia la sala para comprobar que la fiesta seguía su curso. Pepe había caído finalmente vencido con la mandíbula entreabierta sobre uno de los muebles. Y el resto de invitados eran apenas desgastados murmullos emitidos por esqueletos en trance. Volvió a la habitación, puso seguro en la puerta, y se quitó toda la ropa. Cuando la penetró pensó en la suerte que tenía. En que Paula, el cuerpo de Paula, era una de esas cosas que él había deseado y, ahora, conseguido. Había jugado bien sus cartas. Paula ya no era más una ilusión. Una extensión inalcanzable de Pepe. Un espejismo. Paula era ahora también una extensión fantasma de su propio cuerpo. Una ladera suya por la que había transitado. Aquel viaje a la playa había sido una victoria.

38

Halló en la playa un puesto donde alquilaban trajes de buzo. Raro. Trajes de buzo para sumergirse ¿allí? «Sí», dijo el hombre. «Algunos turistas quieren moverse cerca del Barco Hundido. Mirar corales y peces que aparecen alrededor».

Subió al departamento apoyándose en Paula. Por momentos, su cuerpo se apagaba atacado por ligeros mareos y náuseas provocados por el tratamiento. Llegó hasta el balcón donde la chica lo recostó en la hamaca. El océano era leche desparramándose sin dirección.

Jugaban a las cartas cuando el teléfono sonó. Martín contestó sin interés pensando que sus padres lo llamaban para saber cómo había estado el viaje hacia Salinas. En definitiva, para conocer el estado anímico de su hijo. Sin embargo una voz fuerte, de otro tiempo, rebotó en el auricular como un cuerpo muerto dentro de un bote vacío.

Hola, Martín, es Pepe.

¿Pepe?

El chico abrió sus ojos de robot asustado sin dejar de mirar a Paula, quien continuaba organizando los naipes sobre la mesa.

Sí, Martín. Tus papás me dijeron que estabas en la playa. ¿Cómo has estado?

Bueno, no muy bien. ¿Te contaron?

Sí, y no puedo más que enviarte todo mi amor y la fuerza que necesitas, pana. Si pudiera estar allí, a tu lado, créeme que estaría allí. Pero estoy dentro de un ciclo de charlas en la universidad que debo atender.

Oye, amigo… Hay algo que quería decirte…

Cuéntame.

Paula está acá conmigo y te envía saludos, dijo Martín, con las palabras apenas atajadas por su mandíbula. La chi-ca se había sentado junto a él con la intención de compartir la conversación telefónica.

¿Están juntos? ¡Qué bueno! ¡Mándale un abrazote a la flaca!

Oye, sí, estamos acá tomando un poco de sol.

Bueno, pero, cuídate. Mira que tu mamá me dijo que el lunes te operan, y quiero verte repuesto en diciembre cuando llegue a Guayaquil.

Sí, Pepe, claro. Sólo quería decirte que te extraño. Siento haber perdido el contacto desde que me fui a Boston.

No te preocupes, Martín. Entendí que estabas en tu búsqueda personal. Me alegra oírte de nuevo. Y ahora que vuelva nos pondremos al día. Tengo muchas cosas que contarte.

39

Por la mañana Martín se despertó asqueado consigo mismo. La sensación de haber violado a Paula, de haberla penetrado por diez minutos sin que ella reaccionara, lo tumbó. Intentó reponerse usando un par de líneas exiliadas de cualquier argumento: Tampoco es que haya sido virgen. Y Pepe lleva casi una semana martilleándola. Pero esas líneas se evaporaron en dos segundos. Quiso, entonces, echarles la culpa a las drogas pero recordó que él no había consumido ninguna. En el exceso de alcohol que bebió halló la ausencia de consciencia que debió invadirlo para cometer aquel acto deleznable. Soy un tipejo, se dijo a sí mismo. Soy un desastre. Ahora soy el sueño de cualquier sicólogo.

Corrió a la habitación de las chicas y apenas pudo percatarse de que allí estaban todos, excepto Pepe, roncando entreverados y semidesnudos, aterrizados en una pista de sábanas, almohadas, botellas de vodka y trajes de baño. Entremezclados. Libres como aquello que no tiene forma.

Vistió a Paula y la cargó hasta la hamaca pasando muy cerca de Pepe, quien roncaba con el cuello arqueado como atascado con chinas volcánicas. Allí la dejó: la luz del sol bañaba con indefensión sus muslos inanimados. No la arropó. Quiso que ella se despertara como en un cuento de hadas, sin recordar cómo había llegado hasta allí ni las fuerzas que la depositaron para que descubriera el día radiante empezando en el mundo.

Puso toda su ropa en la mochila, se guardó el disco de *trance*, escribió una nota de despedida, y salió de allí. En el parqueadero del condominio encontró al hombre del departamento junto al suyo, terminando de embarcar las cosas en su auto. Le hablaba de muy mal modo a uno de los empleados, quien cargaba con una hielera. Cuando este preguntó si bajaba las cosas de la señora, el hombre respondió que su mujer había vuelto la noche anterior a Guayaquil. Ambos se miraron por un segundo sin turbarse, casi sin pestañear, mientras los niños seguían ensimismados sorbiendo unos chupetes en el asiento trasero del automóvil. Un despido involuntario se produjo entre ambos como el resultado del choque entre dos elementos opuestos, o casi idénticos. Un tambaleo invisible como la imagen de un revólver dentro de una refrigeradora.

Martín preguntó a uno de los empleados por la calle donde pasaba el bus que viajaba todos los días hasta Guayaquil. El día, a propósito,

estaba frío. Partió sin mirar hacia el departamento o el Barco Hundido rugiendo a sus espaldas, atrapado a esa hora de la mañana en una inquietante telaraña de sal.

Quería preguntarte por el sueño. ¿Sobre qué era?

¿El del problema con Pepe?

Sí.

La chica escondió sus pies por completo en la hamaca.

Martín la observó. Y luego vio dos gaviotas haciendo una circunferencia en la mitad del cielo. Formando una especie de **O** con sus revoloteos.

Pasé un mes deprimida. Asumo que por culpa de algunas drogas que tomábamos en esa época con Pepe. Sabes cómo era. Le gustaba ganar nuevas experiencias. Lo que le importaba era arrojarse de cabeza en cualquier búsqueda.

Lo sé. En el colegio pensé que era parte de una postura suya, de una especie de calcomanía que intentaba deslizar frente a todos. No un hábito, sino un juego. O una especie de avería.

Por un tiempo me despertaba ahogándome, me faltaba la respiración, sentía que Pepe le hacía cosas a mi cuerpo de las que yo no me enteraba. Se me mezclaban los recuerdos. Y lo único que me quedaba después de nuestras jornadas de alcohol y drogas, era ese sueño, esa pesadilla, ese malestar, la pura rabia de sentir que no era dueña de mi vida, que dejaba que Pepe me llevara por todas partes haciéndome probar lo que a él se le antojaba.

Martín asintió con la cabeza y quedó mirando a las gaviotas lanzándose ahora en picada sobre el océano. Pescando. Pensó en las cosas banales que devienen después de un largo silencio. Se refregó los ojos con las puntas de sus dedos y terminó poniendo su mano fría sobre el hombro de Paula.

Quiero pedirte algo.

Dime.

Quiero que duermas conmigo esta noche.

Martín, no confundas las cosas. Sabes que estoy con alguien.

No, no se trata de eso, Paula. Me disculpo si lo dije mal. Quiero que me acompañes en la cama. No quiero dormir solo. Además, siempre viene bien un poco de ayuda en la madrugada. Cuando me levanto con náuseas y debo buscar el baño en la oscuridad.

Había algo de ensoñación y de imposibilidad envolviendo aquel evento. Él y la mujer que había atacado compartiendo juntos su último fin de semana en el planeta. Casi tenía razón ese gran barco

varado: a veces lo mejor es vivir totalmente perdido de cualquier destino.

41

Nadie puede imaginar a Jean-Paul Sartre oyendo una conversación privada con la oreja pegada a la pared. Esta imagen, la del filósofo francés sacándose los mocos mientras vigila la intimidad ajena, preexiste desde hace mucho. Sartre exponía que al hombre no lo condenaba su maldad, sino su maldad cuando era descubierta por un tercero. Quizás tuvo razón. Si alguien hubiese entrado a la habitación de Martín cuando este violaba a Paula, en 1999, la culpa habría podrido velozmente la realidad de aquel muchacho. Y tras aquella pudrición, quizás, algún día, aquel muchacho habría podido regenerarse. Pero ahora sin testigos ni víctima consciente de su bajeza, uno se pregunta dónde queda esa teoría. Quizás en el lugar correcto. Martín sabía que para morirse en paz debía hacer que la chica lo perdonara. Y para que aquello sucediera debía primero hacer que Paula fuera consciente de su crimen.

Comprende, dijo Martín. Las opciones son bajas. Yo ya estoy muerto, pero incluso muerto quiero pensar en posibilidades. Por ejemplo: ¿Tú crees en el cielo? No digas eso, respondió Paula. Muchísima gente sale bien del trasplante de médula. Piensa en más cifras; hazlo positivamente.

Comieron y bebieron vino esa noche. Y conversaron sobre la vida actual de los otros seis amigos que habían estado en aquel departamento durante una semana en 1999. En algún punto se fue la luz. Y Martín y Paula caminaron tomados de la mano por la sala y el pasillo buscando la caja de fusibles. Cuando la encontraron, Martín retornó a la sala para buscar una linterna y por un momento le pareció ver una fogata encendida, allí abajo, en la playa, frente al condominio. Caminó hasta donde Paula con la linterna, para mover los fusibles, pero la luz regresó un poco antes.

Y en la playa no había otra cosa que oscuridad y los bufidos del agua entrando por las aberturas del Barco Hundido.

Se apresuraron para aprovechar que la luz había vuelto, abrieron otra botella de vino, y Martín puso el disco de *trance* en el equipo de música. Paula no dijo nada. Se limitó a mover la cabeza de un lado al otro como intentando rodearse de un tiempo que se le escabullía en un abrir y cerrar de ojos. Probaba visibilizar la forma anterior de la playa y el Barco Hundido, desde el mismo lugar donde había estado sentada años antes. No. Eso no era fácil. Por más que los tiempos –para Paula–

no existieran. Terminó hablándole a Martín sobre películas de cine independiente que había visto.

Cuando Paula se acostó a su lado, todo iba bien hasta que él bordeó rápidamente su cuello con su brazo izquierdo. Y de allí pasó a intentar besarla en la boca. En dos segundos se levantó y miró a su alrededor como si lo hiciera por primera vez. Un ahogo, como si de una pelota de arena se tratase, empezó a bajar por su tráquea hasta internarse en su pecho, provocándole inmediatamente otro sobresalto. Martín no tuvo que decir nada. Paula se incorporó temblando pero convencida de su necesidad de salir huyendo de allí. Una mirada perturbada, que le costó entender al chico, se instaló en su rostro. Sus ojos se enrojecieron del coraje. Alguien que no era él había hablado. Lo había contado todo. Les había contado a ambos lo que había sucedido cinco años antes sin pronunciar una sola palabra.

Aún no lo sabía, pero la imagen de Paula agarrándose la cabeza y huyendo del departamento, internándose a esa hora en el negror indescifrable de la playa, con un bolso colgando de muy mala manera de uno de sus hombros, sería el último recuerdo que guardaría de aquella chica.

Cuando él pasó su brazo, y acercó su cara a la de ella, aquel contacto provocó el reflejo de un recuerdo atrapado entre pasillos y pasillos de acciones falsas. Brotó un presente anterior. En apariencia incomprensible en la superficie. Y lo que brotó fue ese crimen que había estado escrito en las pieles de los dos todo ese tiempo. Cosa que Paula ni separándose de Pepe había logrado descifrar. Y que Martín ni mudándose a los Estados Unidos, ni desahuciado, había logrado anular. La memoria del cuerpo es parte verdadera de la historia de los seres humanos. Y es el cordón irrompible de cualquier lenguaje. Y puede contarlo todo.

Henryk Gawkowski, durante la Segunda Guerra Mundial, transportaba convoyes llenos de judíos de Varsovia a Malkinia, y de allí a Treblinka. Los guiaba a su muerte de dos a tres veces por semana. Fue entrevistado por Claude Lanzmann durante la filmación de su película *Shoah*. Allí, Henryk Gawkowski, afligido, expresa su tristeza por lo sucedido con los judíos. Se distancia de ese modo del crimen. Niega saber lo que ocurría con ellos. Sin embargo durante la recreación del viaje, realizado para la película, Henryk Gawkowski vuelve a vestir su uniforme de conductor y con las cámaras rodando realiza una vez más el recorrido hacia Treblinka. Cuando pasan por un punto determinado del camino, Gawkowski, casi impulsivamente, se

inclina fuera de la puerta de la cabina y se pasa el dedo índice por la garganta en señal de sentencia mirando hacia los vagones que iban, en el pasado, llenos de judíos. Su cuerpo habló largamente con la tranquilidad de un pie que se sacude antes de entrar a la cama.

Martín fantaseó esa noche con revisar los cajones de los veladores y armarios de las habitaciones para ver si encontraba alguna pertenencia olvidada por aquellos chicos que estuvieron allí, junto a él, por una semana entera. Porque todo lucía igual pero distinto. Marchitándose pero sin terminar de marchitarse de una maldita vez. Lo curioso con el pasado es que nadie logra entender cómo regresa.

43

Nadie le había explicado a Martín que se podía morir siendo joven. Muy joven. Sin llegar a los treinta o a los veinticinco. Y que la vida se puede convertir en la suma de devociones perdidas. Y que, a veces, las autobiografías más deslumbrantes son completamente falsas. Cosas raras que son difíciles de digerir. Por eso, para cualquier efecto, escribir es siempre una opción. O vivir acaparando parientes y amigos. Algo visualmente estimulante antes del Gran Final.

Cuando llegó, caminó entre las piedras al pie del barco. Se irguió lentamente y buscó el modo más seguro de subir a bordo. Un poco antes había alquilado un traje de buzo y se había sentado en la arena a contemplar a otros bañistas disfrutando de aquel atardecer de domingo. Cogió unas conchas vacías y enormes que mostraban elegantes estrías de colores pasteles. Pensó en el paso del tiempo, en la piedra y en su epitafio. En el pecado y en la gente sin parentescos. Nunca envejeceré, se dijo en voz muy baja. Y sin embargo jamás gocé la juventud como algo permanente.

Quizás en la combinación de la memoria es donde todos habitamos. Por eso un día en la playa puede ser el comienzo y el final de un ciclo. Y sobre un momento vacío la carne puede crecer de nuevo. Tienes que irte rápido, pensó Martín, mirando hacia el barco oxidado que recortaba el cielo convirtiendo aquella hora en una lucha entre el Hombre y Dios. Entre lo artificial y lo real.

Hay que deshacer naturalmente lo que ha sido hecho de igual modo: naturalmente. Entonces, se sumergió.

Y recordó en el océano a su especie construyendo baños públicos para esconderse de su propia especie. Y a cada hombre reclamando como suya cualquier maravilla que resistiera una descripción interesante. Como aquel pez atigrado. O ese coralito cristalino. Cerró los ojos; y recordó a su padre enseñándole a escribir con la primera pregunta que él mismo se hizo: ¿Es mío lo que apreso con mis manos? ¿Lo que atrapo con astucia?

Mientras nadaba alrededor del barco, pensó en sí mismo, admirando esa negrura chispeada por miles de criaturas y piedras, con una cara que no era otra cosa que una especie de producto fuera de tiempo, fuera de foco. Como aquella metáfora de un revólver dentro de una refrigeradora.

Y se dijo: sólo somos almacenadores de placeres, de montones de ellos, con el deseo de ordenarlos después en pastillitas para el dolor. Y

también nos disfrazamos de otras cosas como edificios y autos y paisajes de playas amarillas, donde en un futuro cercano habrá marcianos. Ojalá.

Sin embargo los hombres no sabemos lo que es real hasta que hemos meado sangre.

Cuando entró al barco lo primero que hizo fue tocar con sus manos el metal corroído. Sintió pena de que las paredes no se desmoronaran en sus dedos como arcilla. Deambuló con cuidado por la embarcación hasta encontrar un espacio seco, una bóveda pequeña, un camarote, donde podía revisar con claridad esa playa rodeada de condominios lujosos. Miró desde aquel lugar su departamento; no ver a nadie le provocó palpitaciones. Tosió un par de veces. Y se quitó la escafandra sin mucho preámbulo. De pronto el agua empezó a internarse con algo de fuerza dentro de la bóveda. El barco hizo un rugido. Y, luego, otro. Empezó a quejarse como un monstruo marino que se despierta únicamente para irse en paz, para hundirse después de décadas de haber estado así, inclinado y varado como el relato inconcluso de una aventura naviera que nadie puede reconstruir. Y que a nadie interesa. Entonces, cerró los ojos. Fue así como se imaginó por un minuto entero, mientras el barco se copaba de agua, ingresando al quirófano el día lunes tomando la mano de Paula. Y a los dos saliendo del hospital, caminando bajo un sol anestésico, de auténtica lava. Era un día, por cierto, sin gentes en las calles. Sin embargo a media ensoñación el visor se fracturó. Se quemó la película. Y cada nuevo esfuerzo de proyección interior que Martín realizaba solamente se inflaba hasta reventar. Manchas y orificios como quemadas de cigarrillos aparecían, reiteradamente, impidiéndole disfrutar. Dobló sus rodillas. Abrió y cerró los ojos. Sintió el agua moviéndose alrededor de su cuello. Volvió a intentarlo mientras las tuberías de aquel armatoste parecía que ladraban con sus últimos arrestos. Sin embargo la película continuaba quemándose. No le era posible salvar ni una sola imagen de la chica. Cuando el agua finalmente lo había sumergido, Martín tenía la cabeza en silencio frente a una pantalla bicolor que era todo lo que él podía mirar hacia adentro. Nada más que partículas de luz y oscuridad. Como un acuario bello de ceniza jabonosa por donde no se paseaba absolutamente nada. El hombre como una cámara de cine, acostumbrado a los cristales empañados y al aire saturado de tristeza, siendo él mismo toda la oscuridad, pensó Martín. Proyectando únicamente lo que no ha destruido. Eso que aún tiene posibilidad de existir, en ese cómodo mundo paralelo, contra la pared de sus párpados.